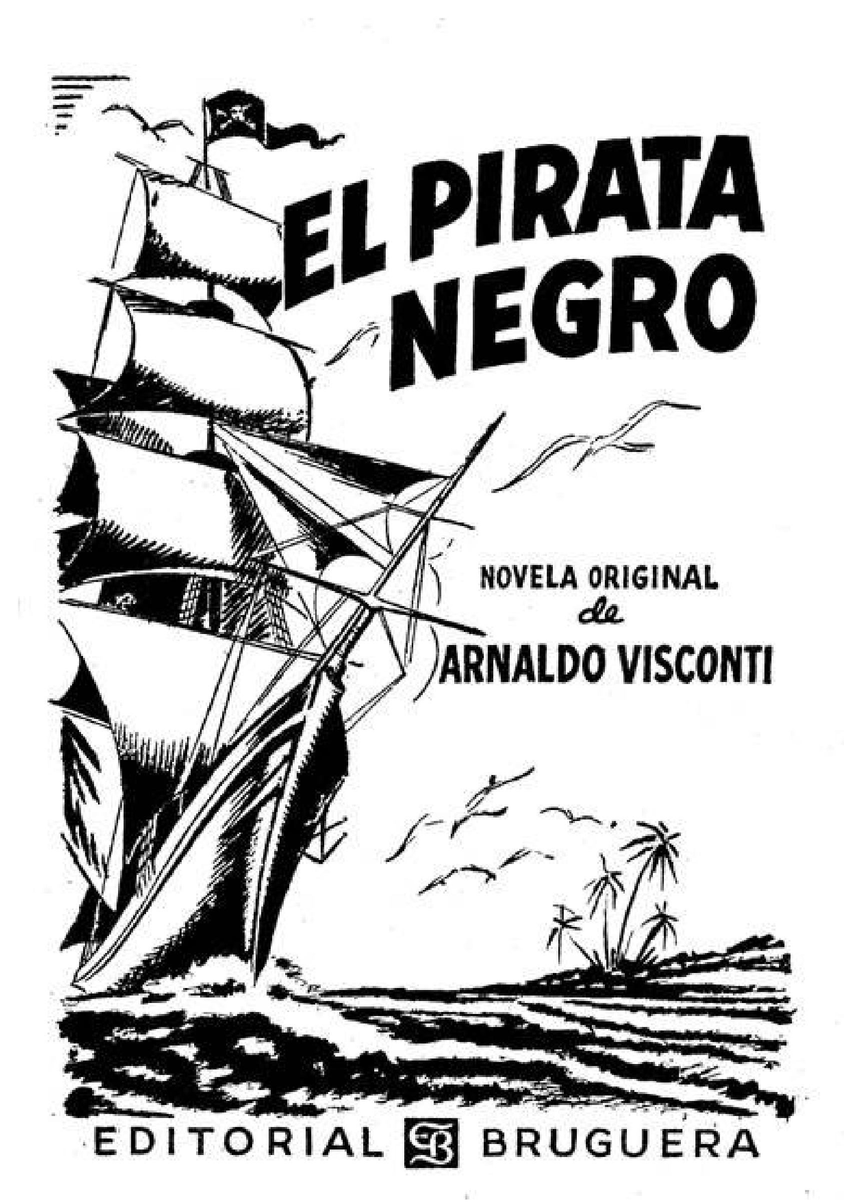
EL PIRATA NEGRO

CONTIENE UN EPISODIO COMPLETO

PROVENSAL

3'50 PTAS

EL MARQUESITO


EL PIRATA NEGRO
NOVELA ORIGINAL
de
ARNALDO VISCONTI
EDITORIAL BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

El marquesito

Colección El Pirata Negro n.° 56

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA
1948


El
MARQUESITO

PRÓLOGO

La tormenta iba amainando. Las ráfagas de viento que había soplado con fuerza a partir del mediodía, iban aminorando su intensidad. La gran escoba del huracán ya no barría vertiginosa, doblando árboles y arremolinando las aguas del mar en el litoral de Puerto Colombia, la ciudad sudamericana bañada por las verdosas y glaucas olas del sur del Caribe.

En el puerto, al anochecer, los patrones de bajeles allí anclados otearon con evidente alivio el cielo que si bien obscurecido, clareábase por espacios con guiños de estrellas.

La calma empezaba, y soltaron loa cabos de doble amarra con los que habían asegurado el casco a las setas de hierro de los muelles.

Yves Kerouel, capitán de la fragata francesa “Jeanne D’Arc”, encontraba caluroso aquel anochecer de enero del año de gracia de 1722, para quien como él, habíase desarrollado en la fría y áspera tierra bretona.

En mangas de camisa, presenciaba desde el entrepuente, las operaciones de carga. Había ya ultimado todas sus adquisiciones y estaba de buen humor.

Las mercancías coloniales producirían allá en la costa francesa grandes beneficios para sus armadores, y otros menos cuantiosos para él mismo, aumentando así sus ahorros con los que dentro de cinco años podría retirarse, como patrón y armador de una nave de cabotaje en los litorales europeos.

El viaje a las Indias Occidentales era peligroso, y secretamente, aunque el bretón reconocía la hidalguía española, prefería comerciar en Europa.

En su fragata había cinco camarotes destinados a eventuales,

pasajeros. Era un ingreso particular destinado a la bolsa personal de Yves Kerouel.

Pero teniendo que zarpar al amanecer, mal se presentaba la cosa para la-bolsa particular del capitán, de la "Jeanne d'Arc".

Ningún viajero habíase presentado manifestando intención de ser desembarcado en cualquier puerto de la ruta a Burdeos.

A las nueve de la noche, un principio de esperanza invadió el espíritu avaricioso del bretón, ciando por la escalera de acceso vio ascender a un extraño individuo.

Era un hombre macizo, de escasa estatura y largos brazos, que al andar, dada su configuración, le transmitían un bamboleo de orangután.

Las manos enguantadas con manoplas zurcidas con hilos de, distintos colores rozaban las rodillas, donde el pantalón de cuero, mostraba un evidente desgaste.

Cuanto vestía el desconocido, jubón, calzas, botas, manoplas, y chambergo, proclamaban a gritos que el aseo no era afición de su dueño, o más posiblemente que su bolsa no estaba muy guarnecida.

Los agudos ojillos de Yves Kerouel tasaron rápidamente al desconocido. Un aventurero, deseoso de regresar al terruño, y que posiblemente, invertiría los últimos restos de su bolsa, en proporcionarse pasaje.

La voz del recién llegado era bronca y autoritaria, cuando al entrar en cubierta, tocó en el hombro a un marinero.

—Condúceme al capitán-dijo en francés, con acento marcadamente gascón.

"Gascón y fanfarrón"', pensó mentalmente Yves Kerouel.

No obstante, con la mano hizo un ademán, y el presunto viajero aproximóse, para detenerse ante el bretón.

—Yo soy el capitán. Yves Kerouel, caballero.

Descubrióse el gascón, efectuando un amplio saludo con su chambergo verde de pluma roja.

—Tenéis el honor de conocer a Lyon d'Arcy-anunció majestuosamente. —Yo, Lyon d'Arcy, cadete de la muy noble y leal casa de los d'Arcy, los famosos ricos señores feudales de la Gascuña.

—Es, para mí un gran honor, caballero d'Arcy-replicó diplomáticamente el bretón, que ante la posibilidad de aumentar mis ahorros, estaba dispuesto a declarar que veneraba el nombre de

Ion d’Arcy, que por vez primera oía.

—A pesar de que estoy solicitadísimo por todos Ion Virreyes españoles que se disputan la merced de darme hospitalidad, he sentido la nostalgia de mis castillos. Tengo que visitar mis propiedades, y dar el abrazo de rigor a mis, súbditos, Me ha gustado la presencia de vuestra goleta, capitán, Kerouel.

—Fragata, caballero d'Arcy corrigió severamente el bretón. Le producía escalofríos la imprudencia con la que los “de tierra” que manifestaban una absoluta incapacidad para distinguir goleta de una regia fragata.

—Fragata pues, ya que en ella estoy-admitió generosamente Lyon d’Arcy. —¿Cuál será vuestro primer puerto francés de arribo?

—Sainte-Marie de la Buadolope.

—¿Mas Caribe? ¿Más residentes coloniales? Hablo de Francia, capitán Kerouel. Hablo de Gascuña.

—Entonces hasta Burdeos no recalaré en puerto francés.

—Desde Burdeos enviaré un mensajero para que vengan a recogerme en carroza. La comodidad es mi lema, porque no en vano desde mis pañales acostumbré mi cuerpo al lujo. No traigo equipaje, porque siempre que abandono una tierra visitada, hago obsequio de mis prendas, a los que bien me sirvieron. Hablemos ahora de lo superfluo.

—¿Lo superfluo, caballero d’Arcy? —inquirió Kerouel extrañado.

—Sí. Me refiero a esas minucias referentes al coste del pasaje, ya que no siendo aún amigos, no puedo consentir, bajo ningún concepto que por el honor de tenerme a bordo a mí, Lyon d’Arcy, os sintáis dispuesto a brindarme hospitalidad y gratuito pasaje.

Yves Kerouel, protestó con calurosa sinceridad.

—De ningún modo, aunque bien quisiera, puedo brindaros hospitalidad. Soy un pobre marino, al servicio de armadores muy exigentes. Si la “Jeanne d’Arc” fuera de mi propiedad, desde este mismo instante, sólo por disfrutar de la gran merced de vuestra compañía, gustoso aceptaría el consideraros mi huésped de honor, y saldría ganando con ello la gloria de poder alabarme de haber sido gratificado con la compañía del caballero Lyon d’Arcy. Pero vos sois hombre de mundo, y sabréis excúsame de no ser más que un rudo marino sin bienes de fortuna.

La diplomacia del bretón surtió efectos. El gascón volvió a

saludar ampliamente;

—Sois gentil capitán Kerouel. Si en alguna ocasión visitáis la Gascuña, contad con mi hospitalidad permanente en cualquiera de los castillos de mi pertenencia que elijáis.

“Tus castillos están en el aire” meditó rápidamente Kerouel, que harto había adivinado no sólo la exuberante fantasía de Lyon d’Arcy, sipo su profesión de “gentilhombre de la ocasión”.

No obstante replicó humildemente:

—Sois en exceso generoso, caballero d’Arcy.

—Es mi carácter, no lo puedo remediar. ¿Cuánto os tengo que entregar para el mejor de vuestros camarotes y comida en vuestra mesa?

—Veinte onzas españolas, o cien luises franceses, como lo prefiráis, caballero d’Arcy.

El rostro redondo y colorado del gascón, sufrió una crispación como si acabara de encajar un cabezazo en el estómago.

Su corta perilla se alzó, y su ralo bigote pareció crisparse, mientras sus grandes ojos de impertinente mirada, pestañearon.

—No suelo discutir esas minucias, capitán Kerouel. Pero permitidme, que os indique, que el precio del pasaje es muy crecido, aun para un d’Arcy.

—A gran señor, gran honor. Yo os puedo replicar, caballero d’Arcy, que no hallaréis ningún capitán que os ofrezca tan generoso precio. Desde las Indias Occidentales hasta Burdeos hay mucho mar y peligros.

El orgullo impidió a Lyon d’Arcy confesar que su escarcela, oculta entre la camisa y el vello de su pecho, contenía doce onzas españolas y cuatro luises franceses, restos de la soldada adquirida en la última expedición en que había intervenido.

Una expedición en que alistándose como uno más de tropa, había engrosado las filas de un destacamento de castigo contra fuerzas españolas insurrectas.

Prefirió ondear la mano con un gesto desdeñoso:

—En fin, capitán Kerouel, no discutamos esa minucia.

El bretón avanzó la diestra en gesto muy elocuente. Lyon d’Arcy fingió ignorar el gesto, cuya réplica era colocar en la amplia palma las veinte onzas de oro español o loa cien luises galos.

—Zarpáis al amanecer. Entonces os entregaré la cantidad

estipulada. Hasta entonces, ¿tengo libre paso a vuestro bordo?

—Hasta entonces… me honráis con vuestra compañía.

Saludó el gascón y alejóse en el pasamanos, mirando hacia el muelle. ¿Dónde obtendría él lo que le faltaba para poder regresar a Francia?

Allí al menos, su espada tenía más probabilidades de hallar el camino de la fortuna, En las Indias Occidentales, había exceso de aventureros y la vida expuesta continuamente, lo estaba a pequeño pago.

Además de fanfarrón, Lyon d'Arcy era extremadamente curioso. Y no tenía el menor pudor de meterse donde no le llamaban…

Algo suscitó su curiosidad a eso de las diez, cuando aún seguía inútilmente, tratando de averiguar donde hallaría, en el breve espacio que le separaba del amanecer, una cantidad que era casi una fortuna, para el mísero cadete que nunca vio reunidas más allá de cincuenta monedas de oro.

Un robusto cincuentón, de rostro poblado de cicatrices, subía la pasarela, llevando en brazos, envuelto en una capa, a un adolescente, de largos cabellos castaños en bucles y semblante pálido.

El adolescente conservaba los ojos cerrados. Había algo misterioso en la pareja,

Lyon d'Arcy aproximóse, aunque a cierta distancia, porque la mirada amenazadora del portador del adolescente, le retuvo a prudente espacio, del lugar donde oyó la siguiente conversación:

—¿Conocéis al conde Ferblanc capitán? —preguntaba el cincuentón.

—Personalmente, no, señor. Pero sé quién es. El jefe de la Legión de Mar.

—Este es su hijo-dijo bruscamente "Cien Chirlos", mostrando con el mentón al desvanecido.

—¿Está enfermo? —inquirió Kerouel.

—Simplemente privado de sentido. Es orden de mi señor, el conde de Ferblanc, que vos os comprometáis a dejar en tierra francesa al marquesito… Este muchacho es el marqués de Ferjus y mi señor, ordena que sea entregado a quien le conduzca a su castillo de Ferjus, en la ciudad de Angulema. Por este servicio, seréis pagado con creces. Tengo bolsa que os debo entregar,

conteniendo cincuenta onzas españolas, que son vuestras. Tomad.

Yves Kerouel, al sopesar la voluminosa bolsa que arrancándola del cordón con que pendía de su cinto acababa de entregarle “Cien Chirlos”, sonrió con servil humildad:

—Esclavo soy de las órdenes del conde Ferblanc. Venid y seguidme, señor. Os conduciré al mejor camarote donde el marquesito de Ferjus estará atendido como a su alcurnia corresponde.

Lyon d'Arcy siguió a los dos hombres y poco después, al cerrarse la puerta del camarote, acercóse a la lucarna, desde la cual vio como el hombre del rostro surcado por cicatrices, tendía en el lecho al muchacho.

Vio salir al capitán Kerouel, que poco después regresaba con un frasco, hilas y una bacía do sotabarba, con agua humeante.

“Cien Chirlos" desnudó al muchacho, que seguía inerte, y Lyon d’Arcy, desde su puesto de observación, parpadeó asombrado.

Las espaldas del marquesito de Ferjus estaban en carne viva y túrdigas moradas moteaban los omoplatos y costados.

“Cien Chirlos” fue aplicando hilas empapadas en vinagre y desparramó sal por encima de ellas, vertiendo después al agua caliente.

Por la abierta lucarna oyó d'Arcy comentar a Kerouel:

—Alguien azotó muy cruelmente al señor marqués.

—Cosa, que no os importa ni os incumbe, capitán —masculló “Cien Chirlos”, mirando ferozmente al marino—. Vos habéis percibido el pago de vuestros servicios y no es por tanto preciso que comentéis. La gente de mar en mis tiempos era más discreta, ¡voto al rabo de Belcebú! Dejadme a solas con el muchacho. Le haré compañía hasta el amanecer y avisadme una hora antes de zarpar.

—Así lo haré, señor-y Kerouel retiróse.

Pero Lyon d’Arcy, intrigado, siguió observando. Vio como reanimado por el cordial que entre los pálidos labios le vertía el hosco cicatrizado, el muchacho vuelto boca abajo, ladeaba la cabeza, hasta descansarla en las rodillas de “Cien Chirlos”.

—Ya estamos mejor, ¿no, Humberto?

El llamado Humberto gritó:

—¡Salvaje! ¡Le odio!

—Chitón, señor marqués. No debes hablar así de tu propio

padre.

—¡Él es un león, sediento de sangre! ¡Una fiera que...!

—Aplacaos, señor marqués —dijo “Cien Chirlos”—. No os consiente que habléis así de quien es espejo de caballeros y honra de sus servidores. Y ¡a callarse, maldita sea! Por padrino vuestro, tengo derecho a daros nalgadas si continuáis gritando... Cerrad los ojos y procurad dormir.

—No puede ser, don Marcelo. No puede ser... No será él tan cruel que me destierre a Francia sin permitirme ver a mi madre...

“Cien Chirlos”, angustiado, trató de “arreglar”. Le dolía íntimamente la tragedia que separaba a, Humberto de Ferjus de sus padres.

—Volverás... cuando seas un mozo arrogante que en vez de violines arañe tripas con la punta de una buena espada toledana.

—Tú... vos sois igual que él. Un bruto que sólo piensa en luchas, sangre y ataques. ¡Sois igual que él!

—Éste es el mejor elogio que en mi vida me han dedicado. Ahora duerme, Humberto. No hables más. ¡A dormir, voto a...! ¡A dormir, señor marqués de Ferjus!

Apartóse Lyon d’Arcy de su observatorio, cuando pasados diez minutos comprobó que el recién curado dormía y el hombre de las cicatrices manteníase sentado, hosco y amenazador, con los brazos cruzados, como si vigilara a un prisionero.

La fértil fantasía del gascón empezó a fermentar. Iba imaginando posibilidades de obtener el precio del pasaje y las iba desechando por irrealizables.

Así estaba, entregado a sus pensamientos, cuando vio que el capitán Kerouel saludaba profundamente a una dama que acababa de llegar, la cual hablaba en purísimo francés:

—Soy la marquesa de Ferjus. Deseo despedirme de mi hijo. Tened la bondad de acompañarme.

Junto a ella, había un individuo magro, vestido excéntricamente, con afectaciones de artista. Los largos cabellos negros, sin peluca, aumentaban la lividez de su rostro.

Andaba apoyándose en un bastón y, da pronto la marquesa de Ferjus, se detuvo para decir, en tono de excusa;

—Perdonad, “messire” Pavolini. Ingratamente olvidé que estáis herido y herido por haberme defendido.

Le ofreció el brazo en el que pesadamente se apoyó Niccolo Pavolini, el maestro de música, el napolitano violinista.

Con habilidad de práctica regresó d'Arcy a su observatorio. Presenció una emocionante escena, en la que, cuidadosamente, abrazó Mireya do Ferjus a su hijo, evitando rezar con sus manos las espaldas surcadas por el látigo del Pirata Negro.

"Cien Chirlos", en pie, manteníase alejado del lecho. De vez en cuando deslizaba una mirada poco tranquilizadora al maestro de música.

—...viajarás, Humberto. Roma, París, Londres. Tu maestro se ha brindado para acompañarte. Iréis ahora al castillo de Ferjus, donde serás recibido como dueño y señor. Pero me quedo con mucha pena, hijo, al saber que te vas de mi lado... No hables, hijo. La decisión de tu padre es irrevocable, y tanto tú como yo, debemos acatarla. Lo que más congoja me produce es que los dos vais solos... El mundo es peligroso. ¿Quién os defenderá en caso de ataque?

Lyon d'Arcy miró hacia lo alto, como agradeciendo al cielo que se le antojaba surcado de un esplendoroso arco iris. Acababa de ver la gran ocasión.

Abandonó su puesto de espía. Va no le interesaba seguir escuchando. Regresó al pasamanos y la espera, si bien se le hizo larguísima, la pobló de doradas imágenes.

Confortable vida en un castillo de los de verdad, buenas comilonas y custodiar solamente a un muchacho aristocrático, entre cuyas relaciones podría hallar quizá la esposa rica que se sintiera honradísima de emparentar con el cadete de los d'Arcy.

Eran las cuatro de la madrugada, cuando, secándose los ojos con un pañuelo de encajes, salió Mireya de Ferjus del camarote en que quedaban Humberto de Ferjus y Niccolo Pavolini.

Hacía ya un cuarto de hora, que "Cien Chirlos" había abandonado la fragata.

Lyon d'Arcy acudió presuroso. Destocóse, saludando con honda inflexión de cintura.

—Un compatriota, señora marquesa, os pide perdón por dirigiros la palabra sin que tengamos el honor de conocernos. Soy Lyon d'Arcy, cadete gascón.

—Vos diréis, caballero, d'Arcy.

—Casualmente, sin pretendérmelo, oí cómo confesabais vuestra

congoja al exponer al marquesito a viajar solo sin la custodia de un caballero avezado al porte y uso de armas. Reveses de fortuna, me obligan a solicitar el honor de que vuestro hijo disfrute de la protección de mi espada. Tengo que regresar a Francia y no dispongo de caudales. En la travesía pueden presentarse peligros. Yo, bajo mi palabra de honor, que os empeño desde este instante, salvaré de cuantas asechanzas puedas presentarse a vuestro hijo. Mi espada ha salido vencedora en muchos combates descomunales. Contratad mis habilidades, señora marquesa, y siempre bendeciréis el momento en que Lyon d'Arcy, por circunstancias de la fortuna, entró al servicio de la casa de Ferjus.

Mireya tardó unos instantes en contentar:

—Mi hijo es muy susceptible y detesta lodo ejercicio violento. Quizá si os impusiera a él como guardián, se ofendería. Hablaré con messire Pavolini, su maestro de música. Confío en vuestra caballerosidad, caballero d'Arcy.

—Contad con mi honradez, señora marquesa. Un d'Arcy siempre es un d'Arcy.

—Os contrato como guía y así lo especificaré a Pavolini, para que, desde ahora os consideréis al servicio de mi hijo. ¿Queréis tener, la bondad de dictarme vuestras condiciones?

—El pasaje pagado.

—Eso es de rigor, pero me refiero a paga mensual, o semanal, como lo prefiráis.

—Viajar y tener todo sin dispendios, me basta, señora marquesa. Que el honor de tener a un d'Arcy por defensor, equivale al honor de ser yo merecedor de vuestro agradecimiento.

Por este diálogo y por haber sabido sacar fruto de su curiosidad y también por la zozobra de una madre, Lyon d'Arcy consiguió su pasaje a Burdeos y estancia gratuita en el castillo de Ferjus.

Se convirtió en el "guarda espaldas" del marquesito de Ferjus, aunque messire Niccolo Pavolini, con el que intimó en el viaje, halagándole en sus aficiones musicales, le calificaba frente a Humberto de Ferjus, como "Lyon d'Arcy", caballero gascón, invitado de la señora marquesa de Ferjus.

CAPÍTULO PRIMERO

Confidencias

A fines del año 1721, el paisaje de la ciudad de Brujas en los Países Bajos bañados por el Escalda, era aun más melancólico que de costumbre, porque el sol brillaba por su ausencia, y la persistente llovizna con el monótono chapotear de las gárgolas regando las callejuelas que bordeaban los canales, creaban una triste sinfonía de leves ruidos y fachadas grises rezumando humedad.

Los conventos e iglesias, herméticamente silencios, al igual que las casas de ventanas cerradas, daban la sensación de que Brujas era una ciudad muerta.

Desde los tiempos en que loa tercios españoles habían transitado por aquellos ámbitos, llevando por doquier en los momentos de reposo entre batallas, coplas y requiebros, la ciudad de Brujos había recuperado su normal ambiente de estólida quietud.

Escasas eran las tabernas, y figones, establecimientos que sólo eran concurridos por los habitantes, en las tardes.

Por las noches, los asistentes eran transeúntes marinos fluviales, en etapa de tráfico comercial, que al día siguiente reanudaban su navegar por el Escalda, con su red de canales.

También asistía el otro núcleo de que se componía la provisional población de Brujas. Artistas en busca de orden en su agitada mente, para quienes la tranquilidad casi monástica de la ciudad, suponía un remanso donde dilucidar, alejándose del bullicio ordinario, toda clase de problemas, que al parecer de ellos, eran filosofía vital, sin la que no podían hallar paz de espíritu ni inspiración.

Los forasteros entraron en el mesón de Jan Vlocmyusberg, sentándose en uno de los compartimentos destinados a los que

deseaban charlar sin ser interrumpidos.

Jan Vlocmyusberg trató de identificar a los dos recién llegados. El más joven, pareciókle un artista de renombre. Para esa calificación sirvióse de la apreciación del distinguido ropaje y la ensoñadora mirada del esbelto joven.

Del otro, la calificación fue menos halagüeña. Aunque vestía también con distinción, había en su rostro una sonrisa de truhán y ostentaba una cicatriz vertical qué surcaba su frente desde el nacimiento de sus rojos cabellos hasta el entrecejo: seguramente un “reitre” o “lanquesnete”, espadachín bravucón y pendenciero.

Le confirmó más en esta sospecha, el ver como se comportaba el pelirrojo con la moza que acudía a inquirir si deseaban cenar.

La moza, al acercarse a la mesa, hizo una leve reverencia:

—¿Los caballeros se dignarán cenar? —preguntó, en su dialecto.

Diego Lucientes palmeó la mejilla de la moza.

—Háblame en francés, hermosa, y te entenderé.

La moza se separó de la mesa, y en francés, repitió:

—¿Los caballeros se dignarán cenar?

—Nos dignamos. De momento, trae, un frasco de Borgoña, mientras decidimos la elección de manjares.

Alejóse la criada y Cheij Khan comentó:

—Tus modales son a ratos impropios de tu edad, calidad y obligaciones don Diego.

—Mi edad no cuenta. Mi rostro es terso en las mejillas y mi sangre bulle con el mismo ímpetu de hace veinte años. Conservado en alcohol, me mantengo gallardo y juvenil. Mi calidad no existe, porque compendio soy de imperfecciones. Y mis obligaciones, las ignoro. ¿Cuáles son, Chacal?

—Eres padre.

—Pero viudo.

—Una criada de taberna no merece te dignes pellizcarla.

—No hice tal, sino que me contenté con acogerla como le correspondía. Tiene andares de jaca ampulosa… Esas mal llamadas flamencas, aunque miran con la rumiante placidez de una vaca estúpida, me encantan. Pero no vinimos a discutir cuestiones de comportamiento. Recuerda que has prometido confidenciarte y narrarme tu vida desde el primer momento en que tuviste uso de razón.

—He vivido siempre solo, sin amistades y me falta valor para hablarte de mí, don Diego.

—Eso de don Diego lo vamos a dejar, muchacho. Aguarda unos treinta años y cuando esté calvo y sentado en sillón de ruedas y chochee, entonces dame todos los dones que quieras.

—No habrá dátiles en esta taberna —dijo Cheij Khan, a modo de réplica.

—Tu estómago debe estar maldiciéndote, chacal. Agua, dátiles, miel y carne cruda, son manjares poco fibrosos. La miel empalaga, el dátil pone la boca pegajosa, la carne cruda carece de gusto en cuanto al agua, es el más repugnante, fétido y nauseabundo de los líquidos. Está destinada a ser tan solo lluvia para los campos y adorno de panoramas, en forma de ríos.

Cheij Khan volvió a sonreír:

—Envidio tu carácter que todo lo toma a chanza, don Diego.

—Según qué cosas, Cheij. Por ejemplo, con mucho efecto y seriedad, quiero oírte narrar tu vida, porque si bien parecemos enemigos, hay más amistad entre nosotros, que entre los vulgares mortales.

—Tu hija nos une.

—Gabrielle me acusó de deslealtad por comunicarte nuestros sucesivos puntos de escala. Más chillaría si nos viera aquí mano a mano, impropio en ti el temible perseguidor y en mí, el padre receloso.

—¿Por qué si apenas habéis llegado a Brujas os disponéis a marcharos?

—Ella me anunció su intención de ingresar en el “Beguinage”, la institución de noviciado. Por eso la alejo de esos melancólicos parajes. Regresaremos a Civry.

—Allí fue donde la conocí-evocó Cheij Khan —. Y allí empezó para mí la verdadera razón de vivir.

—¿Le llamas vivir a perseguir como una sombra el astro sol? El astro sol es mi hija... Ella tiene mucha dignidad, Cheij. La engañaste en un principió... y ya no quiere creer en tu sinceridad.

—Me ama.

—Confidencia que un padre no debe oír sin preguntar: ¿Y vos, imberbe galán, con qué contáis para llevarla al altar a mi prenda de hija?.

—Se casará conmigo o con nadie, don Diego. Al igual como maté en duelo a quienes osaron pretender su mano, mataré o quienes la hablen de amor.

—No podréis evitar que los abejorros acudan a la flor. ¡Repámpanos! ¡Tú y ella me complicáis la existencia! Hablemos de otra cosa. ¿Dónde naciste, Cheij?

—En un oasis del desierto costero de Mogador, en la tierra africana. No conocí a mis padres, pero Bu-Djema, el domador, me habló de mi padre, un aventurero español y de mi madre, una árabe de alcurnia, Murieron entregándome a Bu-Djema.

—¿Cuántos años hace?

—Creo que veintidós.

—¿No sabes, tu edad ni la fecha de tu nacimiento? Comprendo que al tú nacer no te fijaste en el almanaque, pero Bu-Djema bien te diría el día en que lanzaste el primer vagido.

—No. Pero calculo que aproximadamente fue en 1700.

—¿No hiciste nunca indagación para saber quiénes eran tus padres? ¿El nombre de él?

El hijo del Pirata Negro contestó, sinceramente:

—Muertos, venero su memoria, pero son para mí como desconocidos. Puedo remontar en mi recuerdo hasta el día en que abrí los ojos del entendimiento en cueva de oasis, donde año tras año, aprendí bajo el látigo do Bu-Djema el arte de domar. Él me descoyuntó los huesos, y dio fortaleza a mis músculos, con brebajes y azotes. Hizo de mí un chacal arisco.

—Que muerde sonriendo y lanza un aullido de triunfo que hace temblar a las piedras. ¿No tuviste amigos de infancia?

—Un chacal. Se llamaba “Karls”.

Diego Lucientes parpadeó:

—Significa Carlos.

—No fue, nombre que le puso Bu-Djema.

—¿Tiene algún sentido en árabe?



El caballero Lyon d'Arcy, nuestro invitado.

—Bu-Djema hablaba todos los dialectos del Oeste de África. En árabe. "Karls", nada significa. Yo quería mucho a mi chacal. Me lo mató Hart Mulliner y por eso convertí en antorcha humana al caballero Mulliner.

—¿Hart Mulliner? Es extraño, pero creo recordar este nombre. Creo que el hidalgo Lezama me habló de este Mulliner.

—Citas mucho al hidalgo Lezama.

—Él me hizo hombre. Él reúne todas las condiciones que para mí quisiera.

—Lo admiras.

—Porque nadie puede luchar como él ni nadie puede vencerle.

Cheij Khan volvió a sonreír:

—Yo.

—¿Tú, qué?

—Si me lo propusiera, vencería a tu amigo Lezama.

—Te he visto luchar, Cheij Khan y eres una fuerza elemental de la naturaleza, como un huracán incontenible, que todo lo destroza y arrasa. Pero el capitán Lezama ha domeñado mares y huracanes. A solas, ha vencido a ejércitos, porque tiene tu agilidad y posee un cerebro privilegiado. Afortunadamente, no se dirá el caso de que tú

y él os veáis frente a frente, dispuestos a luchar.

—¿Apostarías por él?

—Iría a buscar dos cruces para colocarlas encima de vuestras dos tumbas. Pero volvamos a tu vida. ¿Qué le pasó a Bu-Djema?

—Cuando me hubo convertido en lo que se proponía, cuando mis huesos se torcían como si fueran de blanda masa, me llevó a tierra inglesa. Allí conocí a Hart Mulliner. Maté a Bu-Djema por creerle autor del asesinato de "Karls". Hart Mulliner dijo que me convertiría en caballero y me conduciría tras la pista, del que mató a mi padre. Es extraño, don Diego... Hart Mulliner me mentía..., pero buscaba la pista de un pirata español, cuyo lugarteniente era un pelirrojo llamado Diego Lucientes.

Hablaba Cheij Khan monótona y suavemente. Pero Diego Lucientes sirvióse un vaso de vino para serenarse.

—Me decía Hart Mulliner que un pirata español mató a mi padre y que él me conduciría hasta enfrentarme para darme venganza. Quisiste confidencia, Diego Lucientes.

—Nunca estuve yo en tierra africana.

—¿Y el pirata del cual fuiste lugarteniente?

—Es el hidalgo Lezama. Le apodaban entonces el Pirata Negro.

—Este es el apodo del que asesinó a mi padre, convirtiéndome en huérfano. El Pirata Negro es el culpable de que yo creciera sin calor de hogar. Cuando me vea frente al Pirata Negro sabrá por qué le mato.

—¡No! El hidalgo Lezama no asesinó a tu padre.

—¿Cómo lo sabes?

—Nunca él asesinó a nadie. Ha combatido mucho, pero lealmente y dando siempre defensa a quien se le oponía.

—No obsta para que él fuera el culpable de mi vida, sin cariño ni amparo. Crecí fuerte y perverso, Diego Lucientes, porque fui un tronco azotado, sin arrimo donde protegerme ni sombra materna a la que sollozar. Como siempre, te anuncio sin gritos ni visajes, que el Pirata Negro morirá a mis manos.

—¿Qué pruebas tienes de que era el Pirata Negro quien...?

—Lo dijo Mulliner.

—Tú mismo aseguraste que él te mentía.

—¿Qué razón tendría para mentir en algo ajeno a él?

—Debes cerciorarte antes de perder la vida en inútil lucha con el

Pirata Negro. Debes saber dónde perdió la vida tu padre. En qué lugar y en qué condiciones. Si algún día, por azar fueras al Caribe, y ante el Pirata Negro te vieras, sucumbirías. Pero si lo vencieras, ten presente que te abatirla como a un chacal rabioso.

—Tu amistad hacia el que tú llamas hidalgo Lezama y yo califico de pirata asesino, es excusable. Pospongo mi venganza, porque primero debo casarme con tu hija. Después, reza por tu amigo el Pirata Negro, Diego Lucientes.

—Me estás amostazando, chacal. ¿Ignoras lo que es ser ecuánime?

—Es no perder nunca la serenidad y el buen juicio.

—Demuéstralo indagando la verdad en lo que atañe a la muerte del autor de tus días. Defiendo no sólo la amistad del hidalgo Lozanía, sino también el afecto que siento por ti. Con las mismas razones quo tú tienes para acusarle a él, basándole en los embustes de un Hart Mulliner, juro yo que él es inocente de tu suerte de huérfano. El Caribe está lejos y es muy posible que nunca os veáis tú y el hidalgo Lezama, pero te prevengo, chacal. Si por afán de matar, tú… ¡Repámpanos!

La exclamación de Diego Lucientes era provocada por la repentina aparición de des personas, que, en pie, se mantenían junto a la mesa, a la que habían llegado por el pasillo posterior.

Una de ellas, era Gabrielle Lucientes, vistiendo ropas masculinas. El otro era Marius Languedoc, angustiado.

—¡Malos dengues me coman! —exclamó Lucientes, poniéndose en pie y pegando un manotazo en la mesa.

Vasos, platos y frasco bailotearon al recio empuje en la madera de la mano izquierda de hierro.

Diego Lucientes, airado, miró a Marius Languedoc:

—Te dije qué, bajo ningún concepto, debías dejar salir a tu custodiada. ¿Qué hacéis aquí los dos?

—Vos, señor, me ordenasteis que la impidiera escaparse. Pero la señorita me ordenó que la acompañase. No pretendía, pues, escaparse. Dijo que os debíamos seguir, porque desea, comunicaros algo muy importante.

Aplacóse Lucientes, pasado su primer arrebato.

—Como siempre, te has dejado engatusar, Marius del demonio. En fin, apechuguemos con lo que se presenta. ¿Qué quieres decirme,

Gaby?

Ella, sin mirar a Cheij Khan que se había puesto en pie, habló eligiendo cuidadosamente las palabras:

—Partamos ya hacia Civry. Estoy definitivamente dispuesta a no causarte más quebraderos de cabeza, padre. Estoy curada de mi pasajera dolencia. Puedes comunicar a tu amigo comensal, que se abstenga de continuar molestándonos con su persecución.

—Díselo tú misma, doña. Si estás... curada y vistes de machito, habla como los sanos. A mí, personalmente, Cheij Khan no me molesta, puesto que le he invitado a que beba agua.

Gabrielle Lucientes, sonrosadas las mejillas sin necesidad de colorete y alborotado el seno, pero sabedora de que la estola mosquetera rígida y colgante ante su busto, no traslucía su íntima zozobra, miró fijamente a Cheij Khan:

—Os ruego, caballero que ceséis en una persecución que juzgo no sólo ridícula sino también presuntuosa.

Cheij Khan no contestó, pero su mirada era tan expresiva, que precipitadamente añadió Gabrielle:

—La creencia que tenéis de que yo pueda sentir hacia vos otro sentimiento que no sea de absoluto desdén, el tiempo se encargará de demostraros cuán falsa es.

—Falsas son tus palabras y falsa eres tú, mujer, si pretendes que no me quieres. Día llegará en que cese tu resentimiento, que admito y acepto por justo. Pero mientras este dichoso instante llega, no puedes tú impedir que por donde vayas mi sombra te siga. El mundo es vasto y libre para los caminantes y no puedes mandar en mi errante insistencia. Buenas noches, don Diego.

Dio media vuelta el hijo del Pirata Negro y ya alejado, añadió:

—Hasta Civry.

Gabrielle Lucientes dejóse caer sentada en el banco recientemente abandonado por Cheij Khan.

Hizo Lucientes un gesto que supo interpretar Marius Languedoc, que se apartó, dirigiéndose a una mesa cercana al mostrador.

—Bien, hija, casi estoy por afirmarte que así te prefiero, valiente y retadora, a lánguida y mística. Puesto que afirmas que es ridículo e inútil cuanto haga el presuntuoso de chacal, no debes formalizarte por si le da el empeño por seguir tus pasos desde lejos y sin ofenderte.

—Es que... ¡constituye mi pesadilla! ¿No me veré nunca libre de él?

—El mundo es vasto y libre, doña, y por él circulan los viajeros. No puedes impedirlo.

—¡Intenciones me dan a veces de retar a duelo a ese maldito árabe que vino a complicar mi existencia.

—Se reiría de ti.

—Puedo tenderle celada y alquilar los servicios de espadachines para que lo maten.

—Táctica de pirata villano.

—De un modo u de otro yo he de poner fin a esta situación, padre. No puede seguir.

—Hay un epílogo fácil, un arreglo inmediato.

—¿Cuál?

—Olvídalo.

—¿Cómo puedo olvidarlo si continuamente está él rondando por las cercanías en que me muevo?

—Injusticia. Has sido tú la que esta noche has venido a rondar sus cercanías.

—¿Por qué tú, pareces defenderle a él? Has entablado amistad con quien es mi enemigo.

—Os amáis y los dos os estáis comportando como dos niños. No me canso de repetirte que si tu actitud es digna pero pueril, también roza los linderos de la paciente obsesión la sumisa modalidad con lo que Cheij Khan te sigue adorando desde lejos.

—Hablas de sumisión, en quien, como él, no cesa de amenazar y lo cumple, a cuantos intentan cortejarme. ¿Te hubieses comportado así si una mujer te hubiera despreciado?

—Si me hubiera despreciado, me hubiese ido, Pero si hubiese yo tenido la certeza de que ella me quería, hubiera sido menos respetuoso que el chacal.

—¿Qué habrías hecho?

—Te habría raptado.

—¿Y el padre de ella hubiera permanecido brazos cruzados?

—Los habría descruzado para asestar sendos bofetones a ambos, llevándolos a puntapiés hasta la iglesia, casándolos, que eso es lo que el día menos pensado voy a hacer. Porque tengo empiezos de hartura de ver al chacal convertido en manso cordero ante ti y a ti

convertida en amazona rebelde. No hay más que una verdad, Gabrielle. Será feliz quien ceda en su amor propio para dedicarse a amar sencilla y llanamente.

—Podemos cuando quieras emprender la marcha hacia Civry.

—Ya mismo. En marcha.

* * *

En la ciudad fronteriza de Charleroi, cuando se divisaban los viñedos de la región francesa de los picardos y mientras en la posada abrevaban los caballos y descansaban los viajeros, Diego Lucientes paseó hasta llegar a un claro donde Cheij Khan le salió al paso.

—¿Quién es el caballero que de vez en cuando se aproxima a la ventana de la carroza y habla con Gabrielle? —preguntó el hijo del Pirata Negro.

—Un pintor llamado Julien Martel, Un gran muchacho falto de vergüenza y sobrado de talento. Pintará un cuadro en une inmortalice la belleza de nuestro tormento. No es un rival, Cheij, Está advertido y confiesa que no sube manejar una espada lo suficiente para exponerte a tus iras. No está enamorado de nuestro tormento. Es simplemente un artista que hará una obra de arte.

—El cuadro ha de ser mío, don Diego.

—Algún día el original será tuyo. Justo es, pues, que yo me quede con la copia.

—¿Piensa ella recluirse en Civry?

—Seguramente.

—¿Has pensado en que puedo cansarme de mi respetuosa actitud y decida raptar a tu hija y por la fuerza hacerla entrar en razón?

—Sólo eso faltaría. Inténtalo... ¡y te acogoto! Si ella por las buenas no quiere acompañarte al altar, por las malas nada conseguirás, y yo de padre paciente puedo convertirme en instigador, que la emprenda contigo y con ella. Abur, chacal.

Cheij Khan sonrió amablemente;

—Eso no puede siempre eternizarse, don Diego. Yo hallaré, medio de arreglarlo, por las buenas como hasta ahora, o por las malas, si tal se me antoja.

—¡Que te zurzan! —dijo Lucientes, a modo de despedida.

Una semana después, la comitiva viajera llegaba al castillo do

Civry. Y antes de penetrar en el patio interior, miró Gabrielle a través de la ventanilla de la carroza.

En la cima de la pequeña colina boscosa que separaba los castillos de Civry y Ferjus, un jinete aparecía estatuario inmóvil.

Miraba hacia el castillo y su blanco potro bastaba para identificar a Cheij Khan.

Capítulo II

Lyon d'Arcy tropieza

Durante la travesía del “Jeanne d’Arc”, Lyon d’Arcy do intentó ni una sola vez penetrar en el camarote donde encamado Humberto de Ferjus, reponía sus llagadas espaldas. Prefería jugar al naipe con los contramaestres y segundos oficiales y seguir envaneciéndose ante Yves Kerouel, el cual no tenía inconveniente en mostrarse muy afectado por el gran honor de tener como pasajero a un d’Arcy.

Niccolo Pavolini, convaleciente de su herida, paseaba por cubierta con el gascón y de buena fe, lo creía un potentado, que por amistad con Mireya de Ferjus había condescendido en ser invitado acompañante del marquesito.

El napolitano quedó convencido en que, gracias a la valentía del gascón, quedaba ahuyentado todo peligro y que con él podrían viajar sólidamente defendidos.

Pero, no obstante, insistió en que, debido a una “reciente crisis enfermiza”, el marquesito no deseaba hablar con nadie.

Para Lyon d’Arcy, lo único que interesaba era que tenía asegurada la pitanza y techo.

Cuando Burdeos quedó visible y los marineros empezaron a maniobrar para las operaciones de atraque al muelle, Humberto de Ferjus, abandonó el camarote.

Pálido e inexpresivo el semblante, saludó cortésmente, cuando Niccolo Pavolini efectuó la presentación del que aguardaba en el entrepuente:

—El caballero Lyon d’Arcy, vuestro invitado, por petición de la señora marquesa. Os presento, caballero d’Arcy, a mi discípulo y señor, el marqués de Ferjus.

—Honradísimos les dos, señor marqués-dijo d’Arcy, ondeando su

chambergo —. Anhelo estar ya en vuestro castillo-añadió, con halagadora intención-para deleitarme con vuestra habilidad en el manejo del arco, que, según vuestro maestro me afirma, se convierte entre vuestros dedos en un mágico instrumento.

—Gracias, caballero. También yo anhelo estar en Ferjus, para recluirme durante unos meses. Después, si seguís honrándome con vuestra compañía, emprenderemos viaje a las cunas del arte: Roma, París, Londres...

—Grata perspectiva, señor marqués.

En un instante en que el gascón quedó apartado con Niccolo Pavolini, preguntó, en voz baja:

—¿Qué edad tiene el marquesito?

—Trece años.

—Aparenta dieciséis. Es alto, espigado y su rostro tiene madurez. Será que el arte envejece.

Llegaron al castillo de Ferjus mediado el mes de febrero de 1722 y anunció Humberto su deseo de no recibir visitas ni efectuarlas.

Encerróse en las habitaciones altas donde con los violines adquiridos por Pavolini en Burdeos, ejercitaba sus dedos en continuas lecciones.

Lyon d'Arcy informóse rápidamente de que en el vecino castillo de Civry residía Diego Lucientes, el hombre para quien llevaba él una carta de Mireya de Ferjus.

Había logrado mejorar de aspecto, invirtiendo las ganancias al naipe de la travesía, en compra de ropas y por una fresca mañana nubosa, al día siguiente de su llegada al castillo de Ferjus, dirigióse hacia el vecino castillo de Civry.

Sentíase muy satisfecho. ¡Cuán distinto era tratar con un marquesito dócil, un maestro de música apocado y servidumbre obediente, a tener que soportar las tarascadas de militares o ávidas patronas acreedoras!

Seguramente, el llamado Diego Lucientes, propietario del castillo hacia el que se encaminaba, sería otro aristócrata de modales temerosos, al cual, él, Lyon d'Arcy, se impondría enseguida con arrogancia gascona.

Y, por añadidura, habíase informado de que tenía una hija, bella y considerada como una de las más ricas dotes de Francia.

Atusóse d'Arcy el ralo bigote, y olió con placer el perfume a

pomada que despedía su perilla. Se examinó el blanco revuelo de encajes del cuello, la brillante tersura de su casaca de verde terciopelo y el relumbrón de sus calzas rojas, así como los espejos que parecían sus botas.

Decretó convencido que era un buen mozo y que un español llamado Lucientes se consideraría muy honrado recibiendo la personal visita de un d'Arcy.

Descendió de caballo, entregando las riendas a un guardabosque, en la entrada del castillo.

—Dad la voz, buen hombre-dijo, con marcial empaque —. Notificad a los del castillo, que Lyon d'Arcy, cadete gascón, consiente por amistad con la señora marquesa de Ferjus, a traer mensaje personal y escrito para "don Diego Lucientes".

El guardabosques hizo tan sólo un gesto. Señaló hacia un cercano banco, donde un individuo pelirrojo, a solas, estaba entregado a la lectura de un grueso volumen, en cuya cubierta Lyon d'Arcy leyó;

"METAFISICA DE LA LOCURA AMOROSA Y SUS DIVERSAS MANIFESTACIONES EN LOS AQUEJADOS DE TAL DOLENCIA".

Por nombre de autor, tenía: "Licenciado Pedro Cabra".

Alzó la vista Lucientes y se puso en píe al observar el amplio chambergazo con el que le saludaba el desconocido:

—Lyon d'Arcy, de los d'Arcy de Gascuña, os saluda, señor.

—Diego Lucientes, de los Lucientes de los Madriles, os devuelve el saludo, señor.

—Traigo para vos mensaje particular de Mireya de Ferjus, marquesa del mismo título.

—Favorecedme tomando asiento, señor.

Tendió d'Arcy la carta que había escrito Mireya poco antes de zarpar el "Jeanne d'Arc".

Y se instaló cómodamente, cuando Lucientes, rompiendo los lacres, dedicóse a leer:

"Puerto Colombia, 28 de diciembre de 1721.

"Mi buen amigo Diego:

"Os sorprenderán estas líneas, ya que acostumbré a añadir algunas como post-data a las que Carlos os

escribía. Pero en el presente momento, debo escribiros aparte.

”Vos fuisteis el artífice de mi felicidad, al ingeniar procedimiento que me permitiera ser la esposa de Carlos Lezama. En el tiempo que os traté, tuve ocasión de comprobar que os calumniabais vos, mismo al tildaros de loco. Sois en extremo sensato cuando la ocasión lo requiere.

”Os relataré brevemente lo sucedido. Humberto, mi hijo, es la íntima decepción de Carlos. Pero como madre, encuentro a mi hijo adornado de todas las cualidades, pero por lo mucho que quiero a Carlos, sé comprender su decepción.

"Recuerda mentalmente y compara al que murió, con Humberto, el cual aborrece la violencia y detesta todo ejercicio corporal. No tiene más que una obsesión: su violín.

”Esta noche, mientras él se entregaba a su arte, dos bandidos asaltaron nuestro hogar de Puerto Colombia y me llevaron presa, sin que Humberto, absorto en su música, se diera cuenta de ello.

”Fui rescatada, pero mientras, Carlos, al hallar malherido a Niccolo Pavolini, el maestro de música, que pretendió vanamente defenderme, sorprendió también a Humberto, que continuaba absorto en el deliquio que le produce componer improvisadas melodías.

”Carlos... azotó a mi hijo y entre ambos se cambiaron palabras de recia mortificación. Carlos ha decidido que Humberto resida en Ferjus y viaje si quiere, pero no regrese hasta haberse convertido en UN HOMBRE.

”¿Un hombre, Diego Lucientes? Para vosotros, los que, como mi marido y vos, habéis empezado a vivir desde temprana edad una azarosa existencia de luchas, un niño debe ser hombre apenas tenga siete años. Vos sois más dúctil que Carlos. Tratad de granjearos la amistad de Humberto. Es receloso y poco comunicativo, pero es artista y tiene bellos sentimientos.

”Cuanto antes regrese a mi lado Humberto, antes

terminará esta cruel separación. Si lográis que Humberto ciña espada y sepa emplearla, os consideraré un genio bueno, que por segunda vez es artífice de mi felicidad.

”Os beso fraternalmente,

”Mireya de Ferjus”

“El portador es un caballero gascón, sin bienes de fortuna, que se ofreció al ir a zarpar el “Jeanne d’Arc”, como guardián defensor de los que, como Humberto, por niño y Pavolini, por débil, necesitan una protección”.

Releyó Lucientes la carta de nuevo. Después, doblándola, la introdujo en el bolsillo de su casaca azul.

Examinó unos instantes al gascón y determinó para su fuero interno, que no era de su agrado. Había perfidia en los estrechos ojos de Lyon d'Arcy y vanidoso afectamiento en su postura.

—Nuestra común amiga Mireya insistió mucho en que velara yo por el marquesito y tengo ya satisfacción de poder decir que durante la travesía le salvaguardé de cuantos peligros se presentaron, que muchos fueron.

—Abordajes de argelinos, la serpiente de mar y terremotos submarinos. ¿Hubo algo más, señor d’Arcy?

Hablaba Lucientes con seriedad. Con la misma, pero con sincero convencimiento, replicó el gascón:

—De todo hubo, pero nada resiste al embate de mi espada, señor “Lusientes”.

—Habéis dicho que Mireya es nuestra común amiga. ¿De cuánto tiempo la conocéis?

—Desdé que era así... —y Lyon d’Arcy midió una altura de un palmo desde el suelo, tendiendo la mano—. Su familia y la mía eran íntimas. Por eso y sólo por eso, consentí en admitir que me invitaran a residir en el castillo de Ferjus, muy inferior al mío de Remendalahaye.

—Al menos el vuestro posee más letras. ¿El marquesito está ya en Ferjus?

—Ayer llegó. Ha declarado que no quiere ver a nadie, ni recibir tampoco visitas.

—¿Huraño?

—Hay un misterio. Vino al barco en Puerto Colombia, llevado a

brazos por un rufián de rostro pleno de cicatrices y mirada de fiera hambrienta.

—Sin duda tratábase de. “Cien Chirlos”. Un excelente sujeto.

—Lo envolvía en una capa y cuando lo tendió en la litera, pude ver que sus espaldas estaban llenas de verdugones, como si muy recientemente lo hubieran azotado despiadadamente.

—¿Qué más pudisteis ver?

—Nada más. También venía herido el maestro de música. Éste me contó que el padre del marquesito empuñó el látigo y con salvaje frenesí...

—No os pongáis frenético, señor d’Arcy. Lo que allí ocurrió no os incumbe ni a vos ni a mí.

Irguió d’Arcy la cabeza.

—Me limitaba a informaros, caballero.

—No os lo pedí.

Por unos instantes, Lyon d’Arcy estuvo tentado de enfurecerse. Pero su prudente espíritu le aconsejó contenerse. Aquel pelirrojo orgulloso, que no acataba la grandeza de un d’Arcy, era también el padre de una rica heredera.

Fijóse el gascón en lo que ya al entrar había visto. En la terraza del ala izquierda, una dama sentada en columpio, cuyas cuerdas eran formadas por trenzas de rosa, permanecía inmóvil.

Ante ella, un joven aplicaba de vez en cuando pinceladas a un lienzo colocado encima de un caballete.

—Hermosa visión —.comentó d’Arcy— La dama en el columpio, posee un encanto que irradia luz.

—Irradia mucha luz, casi diría yo, ¡qué relámpagos! Es mi hija.

—Os felicito, caballero. Es una obra maestra, de la que debéis estar orgullosísimo. Lyon d’Arcy os solicita el honor de ser presentado a la que merece que un caballero de mi alcurnia se prosterne ante ella.

—Si persistís en prosternaros, no os lo impediré, señor d’Arcy. Pero, no obstante, recordad que os advertí que la belleza de mi hija está aureolada de un halo de rayos.

—No os comprendo.

—Mejor haríais en regresar a Ferjus y seguir actuando de nodriza del marquesito.

—¡Caballero! —y Lyon d’Arcy saltó en pie, manoseando la

guarda de su espada.

—¡Señor! —sonrió Lucientes poniéndose también en pie.

De nuevo se aplacó el gascón...

—En cierto modo tenéis razón. Por amistad con Mireya...

—...a la que conocisteis apenas nacida...

—...Eso es. Por amistad a la que mecí en mis brazos, he consentido en ser nodriza del marquesito. Pero no hay nada ofensivo en desempeñar tal cometido.

—Yo tengo una gran veneración por las nodrizas, señor d'Arcy.

Forzó el gascón una mueca, pretendiendo sonreír.

—¿Me presentáis a vuestra hija?

—Si insistís, acepto.

—En Gascuña un caballero nunca saluda a una dama, si no puede, como previo homenaje, entregarle flores.

—¿Flores? Ahí tenéis verdaderas montañas.

—¿Me consentís corte algunas?

—Cuantas más mejor. Que el ramo que con ellas hagáis, se vea desde muy lejos.

Y Diego Lucientes, mientras el gascón tronchaba tallos, miró hacia el lugar donde, sabía que Cheij Khan, "como el chacal al acecho", miraba la terraza en la que Gabriel le posaba para los pinceles de Julien Martel.

Sonrió divertido, cuando Lyon d'Arcy regresó a su lado, portando un monumental ramo de variadas flores.

—Se me antoja algo fúnebre este ramo. Como si adornase una tumba —comentó, burlón, el madrileño.

Lyon d'Arcy pensó que el pelirrojo era un español flojo de seso, que decía tantos disparates cómo palabras pronunciaba.

Su reverencia ante Gabrielle Lucientes, tuvo atisbos de paso de baile y su chambergo rozó el suelo, mientras al suelo tendía el voluminoso ramo:

—He aquí al señor Lyon d'Arcy, hija. No ha cejado hasta lograr tener la suprema dicha de serte presentado.

—Bienvenido, caballero —dijo ella, indiferente.

—Día este, señora, que en mi corazón quedará grabado. Vuestra presencia hace palidecer las rosas.

Julien Martel, de rostro simpático, sonrió irónicamente, cambiando con Lucientes una mirada de asombro.

Desde que habían trabado amistad en la ciudad de Brujas, una compenetración viril habíase fortalecido entre el ex pirata y el aventurero artista.

Gabrielle cogió el ramo que le tendía d'Arcy y lo depositó en un sillón cercano.

—¿Puedo, señora, aspirar al honor de ser recibido esta tarde? Desearía que la familia Lucientes intimara con la familia de los d'Arcy, e invoco para ello los lazos de amistad que nos unen con la familia Ferjus.

—Perdonad que intervenga, señor —dijo Martel—. Pero en estos instantes estaba dando unos retoques finales al cuadro y desearía aprovechar la luz solar que brilla escasamente entre nubes. Perdonad la exigencia de un artista.

—Os lo perdona, ¿verdad, señor d'Arcy? Hasta después. Vayámonos, que no debemos interrumpir la inspiración artística.

Repitió su hondo saludo el gascón y ya en el jardín, comentó, desdeñoso:

—Estos artistas son gentecilla de poca monta.

—¿No sois, custodio de un artista? Decidle al marquesito que por la verdadera amistad que me une con sus padres, estoy dispuesto a recibirlo cuando él quiera.

—No aceptará. Es muy quisquilloso. Debéis vos intentar visitarlo. Quizá consienta.

—Atended, señor d'Arcy. Detesto los mocosos engreídos y los vanidosos embusteros. Regresad a Ferjus y si le tenéis aprecio a vuestra piel, no volváis por aquí.

—¡Caballero! —se empinó d'Arcy—. Por mucho menos he dado muerte a cientos de hombres. Me estás amenazando…

—No pierdo él tiempo en menudencias, d'Arcy. Os he calado desde que entrasteis por la alameda. Vos estáis a sueldo del marquesito y es cargo honroso. Pero me horripila la mentira inútil y vanidosa. Si os hubierais presentado como lo que sois, un gascón sin fortuna, quizá os hubiera acogido con agrado. Ahora os podéis largar y pronto.

—¡No será sin que quedemos apalabrados!

—¿A qué hora y dónde?

—Esta tarde a las cuatro a medio camino entre Ferjus y Civry. A pistola y espada. ¡Nadie ofende impunemente a un d'Arcy.

—Así me gustáis más. Además, hace tiempo, que no hago un buen ejercicio. Si a las cuatro de la tarde estáis en estado de andar, tendré sumo gusto en dejaos tendido. Pero me temo que antes de las cuatro vais a estar tundido.

Bravucón cuando sabía que estaba ante inferiores, Lyon d'Arcy inquirió, receloso:

—¿Estoy ante un caballero?

—¿A qué viene la pregunta?

—Me advertís de que pueden tundirme. Supongo no cometeréis la bellaquería de enviarme a vuestros maestros de armas, o a vuestros lacayos para que… me pongan en condiciones de no poder pelean noblemente con vos.

—Me causáis gracia, Lyon d'Arcy. Id y recoged unas cuantas flores, para adornar vuestros encajes. No sé por qué, pero me huelo que apestáis a cadáver.

—¡A las cuatro en el camino de los dos castillos! ¡No faltéis, o vendré a retaros de nuevo!

—No olvido nunca una cita placentera, d'Arcy. Id tranquilo, que si no aparece el rayo, yo os serviré de trueno.

—¿El rayo?

—Hay nubes y por el camino vuestro ramo de flores, que tan gentilmente y a poco precio obsequiasteis a mi hija, creo que atraerá el rayo. Si no es así, ya os explicaré mis palabras, esta tarde a las cuatro.

Marchóse d'Arcy taconeando reciamente, para encubrir su íntima desazón.

Diego Lucientes dirigióse a la terraza donde ya Julien Martel estampaba su firma bajo el cuadro terminado.

—¡Es maravilloso, padre! —exclamó Gabrielle—. No quiso Julien que lo viera hasta ahora… ¡es maravilloso!

—Más modestia, doña. No alabes tú lo que es retrato fiel de tus encantos. Eres un gran pintor, Julien. Este segundo cuadro me confirma en mi apreciación. Soy tu Mecenas y vas a presentar varias obras en la Sala Real del Louvre.

—¿Quién era este mentecato? —preguntó Gabrielle.

—Un adorador tuyo-sonrió Lucientes.

—¿Por qué… por qué no le advertiste del peligro que corría al presentarse con tantas flores?

—Me fue antipático.

—Pero… el chacal puede dañarle.

—Eso le rebajará los humos. Olvida a Lyon d’Arcy. Hay una novedad inesperada. ¿Sabes quién nos honra con su vecindad?

—¿Ese gascón presumido?

—No… Un mocoso engreído. El marquesito de Ferjus.

—¡El hijo del hidalgo Lezama! ¡Qué bien! ¿Por qué no ha venido a visitarnos va?

—Está siempre tocando el violín… Y por lo que sé de él, tendré que recurrir a subterfugios, para conseguir lo que Mireya de Ferjus desea y lo que Carlos Lezama sin notificármelo, pide a gritos.

—¿Y qué es, padre?

—Tratar de que toque menos el violín y se convierta en un hombre vulgar, que sepa beber, pelear y amar.

—Mejor maestro no lo hallará en todo Europa, que vos misino, Lucientes-sonrió Julien Martel —. Vos sabréis convertirlo no en un hombre vulgar, sino en todo un hombre.

Capítulo III

El chacal reidor y el pintor asustado

Lyon d'Arcy distaba ya un centenar de metros del castillo de Civry, cuando detuvo su caballo, porque en el centro del camino le interrumpía el paso otro jinete.

Lo examinó rápidamente el gascón y la amable sonrisa que complementaba la soñadora mirada del desconocido, le tranquilizaron.

—Buenos días, señor. Tened la gentileza de ceder paso a Lyon d'Arcy, que se dirige al castillo de Ferjus.

—¿Vos sois Lyon d'Arcy?

—¿Habéis oído hablar de mi blasón?

—No. Os he visto entrar en el castillo de Civry.

—Oh, me une gran amistad con los castellanos de Civry. ¿Vos sois también amigo de ellos?

—Soy Cheij Khan, caminante. ¿Pensáis volver de nuevo a visitar a Gabrielle Lucientes?

—Citado quedé con ella y aunque considere algo improcedente vuestro interrogatorio, mi galantería no me veda replicar que Gabrielle "Lusientes" ha quedado muy bien impresionada por mi apostura y estará esperando con ansia mi próxima visita,

—Vos os vais a ir muy lejos, Lyon d'Arcy, No volváis a pisar el umbral del castillo de Civry.

—¡Caballero! —se engalló d'Arcy, empinándose sobre los estribos.

—Cesad en todo intento de corte a Gabrielle Lucientes.

El tono suave, la afabilidad de modales y la sonrisa del hijo del Pirata Negro, engañaron a Lyon d'Arcy, que desenvainó rápidamente con gesto destinado a intimidar al joven que,

reposadamente, le miraba con expresión que no traslucía furor alguno.

Lo que sucedió sólo lo comprendió Lyon d'Arcy un minuto después que su espada fue a restallar contra un árbol y su caballo quedó inmovilizado como si argollas de hierro lo mantuvieran contra el suelo.

Cheij Khan había desenvainado con gesto tan veloz, que su hoja batió contra la del gascón, haciéndosela saltar de las manos y a la vez con la zurda avanzada, Cheij Khan cogía el freno del caballo montado por Lyon d'Arcy, inmovilizándolo.

—Esta mañana mi temple está triste, d'Arcy. A esto agradecerás que no tenga deseos de ver correr tu sangre. Pero es necesario que sepas que la castellana de Civry está unida a mí por un lazo, que nadie debe tratar de desunir.

—Excusad, señor… Yo no sabía que era vuestra prometida —balbució el gascón, a quien la proximidad del hijo del Pirata Negro causaba temor.

—Vete. Y que nunca mis ojos te vean rondando lugares donde la castellana de Civry esté.

—¿Mi espada, señor?

—Recógela. Y vete.

Lyon d'Arcy, al sentir que ya la mano izquierda de Cheij Khan había soltado el freno, picó espuelas y sin descabalgar, inclinóse para recoger al trote la espada.

Después, a todo galope, emprendió el camino de Ferjus. De vez en cuando volvía la cabeza, pero el jinete misterioso, con aspecto de joven trovador y músculos de acero, estaba inmóvil, mirando hacia el castillo de Civry.

Y al desmontar en el patio de Ferjus, Lyon d'Arcy estaba muy convencido de que su seguridad personal exigía dos muertes: la del pelirrojo español y la del extraño caminante de nombre árabe.

Y debía hacerlo, sin que la desconsolada castellana de Civry supiera nunca quién era el autor de las dos muertes.

Los boscosos parajes de los alrededores le facilitarían aquel trabajo. Otros más difíciles había realizado con pleno éxito.

✲ ✲ ✲

Julien Martel, después de que el cuadro quedó colgado en un salón, y Gabrielle se hubo ido, miró con cierno cohibimiento a su

mecenas, el cual, desde varios puntos, estaba sucesivamente examinando el artístico resultado del verdadero genio que poseía el joven pintor francés.

—Os tengo que pedir un favor, Lucientes.

—A ello y sin ambages.

—Vos sabéis que no me muerdo la lengua y he progresado aun más en la difícil sinceridad de llamarlo todo por su nombre, en vuestra compañía. Pero es que, si bien estamos de acuerdo vos y yo en que no tengo nada de valiente, ha llegado el momento en que os pida consulta.

—¿Tienes anginas o te persigue un acreedor?

—A vuestra hija la saca de quicio, la constante presencia de Cheij Khan, que, de lejos, maneja la estatua de Némesis, pidiendo una venganza de un crimen qué no se ha cometido.

—Ella está enamorada de Cheij Khan. Ya hemos discutido esto con excesiva abundancia.

—Es que a mí también me saca de quicio esta, obsesionante vigilancia del chacal, reidor.

—¿Estás enamorado de Cheij Khan?

—Esta chanza es algo gruesa, Lucientes.

—Lo reconozco, pero eso te dije, para significar que, puesto que contigo no va el acecho del chacal, no tienes porque alterarte.

—Cuando terminé el primer cuadro y vos me pedisteis otro, empecé la tarea con gran inspiración. Si he tardado más de la cuenta es porque a ratos no podía trabajar.

—Los pinceles son como el martillo del herrero, Hay días en que la musa del color no acude a tu paleta. Esto es lo que dicen sucede con los que no sois fríos y rutinarios trabajadores menestrales. No se te puede pedir que a diario realices dieciséis centímetros de lienzo y pongas calor de vida. Sería labor fría de menestral, de oficio.

—No es cuestión de organización ni de inspiración, Lucientes. Es que… Cheij Khan me dio una cita.

—¡Repámpanos!. ¿A ti? ¿Y por qué?

—Me dijo que si al terminar el segundo cuadro permanecía yo en Civry, preferible me era encerrarme en un sótano, tapiar las entradas y dejarme morir de hambre.

—¡Cansado estoy ya del Chacal! ¡Me va a oír! ¡Vamos a cantarle las verdades!

—No os acaloréis, Lucientes. Vuestra cicatriz enrojece y os afea. Ahora que cuento con vuestro apoyo, acudo valientemente a la cita de este árabe loco... loco de amor.

Instantes después, los dos llegaban al paraje donde durante todo el día Cheij Khan permanecía expectante.

—Acudo a vuestra cita, Cheij Khan —dijo Julien Martel, quien permaneció, un paso atrás de Diego Lucientes.

—Y yo acudo a saber con qué derecho importunas tú a quien nada te ha hecho-añadió Lucientes.

—Terminó hoy su segundo retrato de Gabrielle, y no debe, por lo tanto, permanecer más en Civry, puesto que nada le retiene.

—Escucha, buen mozo: en Civry el dueño soy yo, y aunque no tengo porque darte explicaciones, te expondré el motivo por el que Julien Martel se quedará en Civry. Es pintor y bueno. Pero no se ocupa de pequeñas nimiedades tales como el sustento. Puede realizar obras que pasarán a la posteridad y pintará cómodamente, sin tener que preocuparse por la caza del cocido. Yo le he brindado hospitalidad y él en su día, cuando sea famoso, y rico, me devolverá lo quo ahora lo ofrezco, que no es más que mesa, techo y tranquilidad. Eso no lo vas tú ni a turbar ni a impedir.

—Es peligroso —dijo, suavemente Cheij Khan.

—¿Quién, yo? —rió Martelo envalentonado por la defensa que a modo de parapeto tenía en las espaldas de Lucientes—. Pero sí soy una liebre asustadiza, señor. Ciño espada cuando paseo por el “Quarter Latín”, para presumir, pero me vería en un aprieto grande si tuviera que desenvainarla.

—No aludo a vuestra incapacidad para la lucha. Tú, don Diego, eres perspicaz y podrías haber adivinado lo que fatalmente ocurrirá o habrá de ocurrir si este artista permanece más tiempo junto a mi amada.

—Tengo curiosidad por saber qué puede suceder, chacal.

—Se enamorará si no lo está ya.

—¿Yo? —dijo, confuso, Julien Martel—. No olvidéis, señor Cheij Khan que soy pintor y me enamoro de líneas, colores, actitudes y rasgos, pero no de mis modelos.

—Sois artista, pero también hambre, joven y apuesto. .

—¡Estupideces! —exclamó Lucientes—. Julien no piensa más que en sus pinceles y en este caso, tus absurdos celos están

absolutamente desplazados.

—Hay confusión en el semblante de tu amigo el pintor. Mírale, obsérvale y verás como mi flecha dio en el blanco. Este hombre debe abandonar Civry antes que ocurra algo irreparable.

—¿Por ejemplo?

—Que le rete yo a duelo.

—Cobardía seria que tal hicieras, Cheij Khan. Por otra parte, nunca admití imposiciones de nadie y demasiadas libertades te he tolerado. De palabra nos hemos tú y yo matado varias veces, pero te juro, por lo que de hombre tengo, que al menor daño que le sobrevenga a Julien Martel, te abatiré desde lejos como a un chacal pestífero y rabioso, extraviado por insana obsesión. He dicho y no añado coma. Vámonos, Julien.

—Avisado quedáis, señor artista. Seguid en Civry si apreciáis en poco vuestra vida.

Dio Cheij Khan media vuelta y se alejó, hasta subir en la silla de su blanco potro.

Por el camino hacia Civry, Diego Lucientes miró de soslayo al pintor, que habitualmente demostraba una verborrea abundante y chancera.

—Oye, pintamonas, conmigo siempre has estado a tono. ¿Hay algo de cierto en lo que dice el chacal o son meras figuraciones suyas de enamorado doliente que ve fantasmas por doquier?

—Lo siento, Lucientes..., pero ¡yo estoy enamorada de vuestra hija!

—¡Córcholis! Pero, ¿qué obra es la mía? ¿Germiné a una Cleopatra cuyos encantos son imanes? Caramba, y bien consta que no me ciega el orgullo. Gabrielle es encantadora, pero de eso a que todos los imbéciles que la ven suspiran de mal de amores, media un abismo.

—Intenté luchar contra el sentimiento que a diario me invadía, pero fue imposible. La bondad de Gabrielle, su natural sencillez, su confiada amistad, la donosura de sus gracias, fue embriagador veneno que filtróse por mis pupilas hasta inundar mi corazón, y más exacerbó mi amor el saber que ella no puede corresponderme y que en su inocencia ni siquiera se da cuenta de que ya no la mira el artista, sino el hombre.

—Preparaos, artista, porque me huelo estacazos para el hombre-

murmuró Lucientes encolerizado.

Abatió Martel los hombros en gesto de infinita lasitud y silenciosa desesperación contenida.

—¿Qué queréis, maldito rascalienzos? ¿Pan, viandas, vino, lecho, pinceles y amor, todo bajo el mismo techo?

—Soy cobarde, Lucientes, pero no me abruméis con una injusta suposición. Soy un sinvergüenza, pero incapaz de mala acción. Yo os estoy agradecido por cuanto habéis hecho por mí... Pero adivinad, que el primero soy en sufrir y no quiero que mal penséis de mí. ¿Puedo remediar el estar aquejado de mal de amores?

—¡Sí! Hay un remedio sencillísimo.

—¿Cuál es, por favor?

—Haced el hatillo, coged las piernas y largo de aquí. Os vais a París o al quinto infierno.

—Sea como vos queráis. Me iré y siempre, esté donde esté, os recordaré como generoso amigo. No os puedo reprochar que actuéis así, puesto que es justo...

—¡Faltaría más! Escucha, Rafael: anduve años de gallofa, a la salta y la mata, trampeando naipes y patronas, malcomiendo, mordiéndome con lobos de hampa, pirateando, viendo la muerte a diario mostrarme su desdentado rostro... Todo aquello era miel sobre hojuelas comparado con la feroz aventura de ser padre. Por si fuera poco, el chacal, dando vueltas alrededor de mi gata; ahora sois vos el que venís a complicarme la existencia con vuestro estúpido enamoramiento. ¡Torpe sois, mil diablos! Teníais aquí posibilidad de llegar a ser un afamado artista, y ¿qué lográis ahora? Iros otra vez a la mísera condición de bohemio hambriento, incapaz para crear obra buena, porque el estómago os chillará. Eu fin, pasad por mi administrador y que os dé cinco centenares de luises.

—No-y sonrió humildemente al pintor —. De Diego Lucientes, aventurero generoso, podría aceptar dinero. No lo puedo de quien es el padre de aquella cuya imagen llevaré impresa para siempre en mi corazón y por la que suspiraré incesantemente.

Mal vais a quedar de soplo. No seáis doblemente asno, Julien. Ya que comprendéis que vuestro amor es imposible, ateneos a las realidades. Hacedme caso, que mucho amé. Aceptad esos quinientos luises que para mí nada significan y para vos os aseguran un buen año de tranquila labor.

—Un día me dijisteis que nosotros teníamos en común un punto: éramos despreocupados y no nos entorpecíamos con el bagaje de la vergüenza. Pero también afirmasteis, y con cuánta razón, porque ahora lo compruebo por primera vez, que cuando se unir, de veras, con amor puro de imponible realización, nosotros los llamados sinvergüenzas, los supuestos capaces do toda iniquidad en lo que á mujeres atañe, somos incapaces de indelicadezas y ruindades. Tenemos un pensar más leal, que el estrecho y mezquino de una mente burguesa, en cuantió a mujer amada se refiere. Por eso, Lucientes, no puedo aceptar dinero, porque me voy amando sin esperanzas y herido...

—¡Diantres! No sigáis en vuestras lamentaciones. Os aprecio, Julien, y estimo que per eso mismo preferible es que os larguéis con viento fresco. Seguir aquí supondría que el chacal os despellejaría. Y hacedme caso, que también por experiencia os puedo asegurar que no hay mal de amores que dos meses dure. Aprended una máxima: renovad ilusiones. ¿Que una frágil mariposa de amor os rozó con su ala, y hoy creéis que ha sido encontronazo de elefante? Mañana, otro aleteo os revivirá en nueva ilusión... Y mientras conservemos el poder de renovar ilusiones, seremos eternamente jóvenes y felices. No durará mucho tiempo... vuestra pasión platónica., para la que no os puede corresponder. Porque bien claro quiero que quede, que sí ella sintiera por vos algún tierno sentimiento, no sería obstáculo vuestra carencia de fortuna.

—Gracias, señor Lucientes. Alma noble y corazón de...

—...de manteca. Gracias por los elogios. Bien, amigo Julien, despidámonos, y que la suerte os acompañe, porque sois un leal muchacho valiente y sincero.

—No se irá.

Esas tres palabras produjeron en los dos hombres una reacción distinta. Diego Lucientes ojeó con enojo la florida enredadera tras la que acababa de sonar la voz de su hija.

Julien Martel retrocedió, enrojeció el rostro y temblorosos los labios al ver surgir a Gabrielle Lucientes, la cual encaróse con su padre, repitiendo:

—No se irá.

—Explícale, cariñito —invitó Lucientes, pellizcándose la nariz, que era su gesto de manifestación de perplejidad.

—He oído cuanto hablasteis con Cheij Khan, Acabo de escuchar cuanto ha manifestado Julien… Y os quedáis, Julien…, porque, si bien me di cuenta de vuestra muda actitud de… amor…, callé hasta ahora. No os amo aún…, pero siento por vos un afecto puro, porque sois un buen caballero de sentimientos elevados.

Cayó arrodillado el pintor, cogiendo la diestra de Gabrielle, que besó rendidamente.

Estalló Lucientes en carcajada burlona:

—¿Te das cuenta, pintor? ¿O te ciega tu propio amor? Mi hija se siente juguetona…, y ¡maldito sea que no he de consentir que por mero capricho e insincera perfidia de mujer te ponga a ti en la picota!

—Si creéis que ahora me asusta Cheij Khan, hay error señor Lucientes-dijo Martel, poniéndose en pie, brillantes los ojos —. Mas prefiero arriesgar, muerte a manos de una fiera, que irme por el mundo llevando la muerte de mi corazón entenebreciendo mis horas. Ahora… ¡desafío al mundo entero y al propio Cheij Khan! ¡Me, asiste el amor! ¡Me asiste la esperanza!

—Lo que te va a asistir va a ser un cirujano, de la torta que te voy a dar. Vete a tu alcoba, Julien, y vive momentos de éxtasis. Anda, quiero hablar a solas con mi hija. Es orden. Lárgate.

Miró Martel a la pelirroja muchacha, y como un autómata que anda estimulado por un éxtasis arrobador, partió hacia el edificio.

A solas con Gabrielle, Diego Lucientes sonrió sin ninguna amabilidad.

—Ya eres mujer, doña. Ya conoces el arte de engatusar, mentir y ser cruel.

—No entiendo tus reproches, padre.

—¿Dulzuras de tigresa hipócrita? Escucha, tormento: te eduqué dándote de la educación de mujer las galas externas. Pero también hice mella en un código: procurar que fueras leal como un hidalgo pirata. Hay un látigo colgando de mi cuarto. No tendré el menor escrúpulo en emplearlo contra el pirata mentiroso que eres.

—¿Por qué me acusas de mentir?

—Entre otras casualidades, da la de que soy tu padre, ¿sabes, cariño mío? Y, por lo tanto, cuando tú vienes, yo ya estoy de vuelta. ¿Te figuras que yo soy un pintorzuelo enamorado de tus inexistentes encantos y prendas? ¿Te supones que no te adivino el

juego? Oíste expresar al chacal sus celos. Julien es joven, tiene buena planta y sería tu venganza de amor propio. ¡Demostrar a Cheij Khan que no le amas, fingiendo amar a Julien Martel!

—¡No!

—Sin chillarme… o vamos a airear el látigo. Julien Martel es un talento, y aparte de eso, le aprecio. No quiero, pues, que tú pongas en peligro su vida, por mero capricho de testaruda que no quiere dar su brazo a torcer. ¡Pido lealtad! Bicho complicado es la mujer que, ante el mastodonte torpe del hombre, recurre a su defensa de sinuosa serpiente. ¡Pero a mí no me mientes o te van a escocer las sentaderas! ¡Mocosa del diablo! Me traes ya chocho con tus genialidades. ¿Con que se te ha ocurrido la magnífica solución de embaucar a Julien exacerbando cruelmente en él los sentimientos que hacia ti experimenta? Pero habías de contar con el padre de la muchacha, encanto, y el padre de la muchacha soy yo. ¿Estamos?

—Me casaré con Julien Martel. ¿Voy a buscar el látigo?

—Hay tiempo y sé donde está. Repite.

Gabrielle Lucientes, empañados los ojos en lágrimas, pálido el semblante, pero desafiadora, repitió:

—Me casaré con Julien Martel.

—¿Razones?

—No le amo. ¿Quieres oír al pirata hidalgo? Hablaré como el propio hidalgo Lezama lo haría, si mujer fuera. “No amo a Julien Martel.”

—¡Amo a Cheij Khan! Lo sabes. Pero antes muerta que ser su esposa. Con Julien Martel hallaré afecto de amigo, cariño de hombre bueno, y… Cheij Khan cesará… de rondar…, ¡porque si mata a Julien, yo entonces sí que no vacilaré en dispararle como quien mata a una fiera!

Abrió Lucientes los brazos con gesto invitador. Abalanzóse en ellos Gabrielle, la cual sollozó desesperadamente…

—Vamos, vamos, fierecilla. Comprendo tu aflicción y bien sabes que, si pudiera, mi vida daría por arreglar este dilema en que tu dignidad y el primer embuste de Cheij Khan os han colocado a los dos. ¿Crees que tu boda con el pintor será solución alguna? Con ello no conseguirás más que despertar a la fiera adormilada que duerme a efectos de su amor por ti. Correréis tú y Julien riesgos incesantes; vuestra unión marcará el inicio de un temible estado de sitio, en

que tendréis constantemente la amenaza del alarido del chacal, anunciando la mortandad que en tu derredor creará.

Pero Gabrielle argumentó obstinadamente:

—Mi enlace con Julien demostrará a Cheij Khan que ni su persecución ni sus amenazas han hecho mella en mí.

* * *

Julien Martel, al ver entrar a Diego Lucientes en el salón, abalanzóse hacia su Mecenas:

—¡Estoy asustado, señor Lucientes!

—No te lo reprocho. También yo lo estaría en tu lugar. Y más susto te causará la suave mirada de Cheij Khan, cuando leas en ellas toda la implacable fuerza inexorable ríe una condena a muerte.

—¿Cheij Khan? Ya no le temo. Sí os dije que estoy asustado es porque los momentos de culminante felicidad producen un éxtasis de temor. Temor de perder lo que nos promete un paraíso terrenal...

—No te embriagues con palabras más o menos poéticas, y atiende a razones, pintorzuelo.

Una expresión de ansiedad pasó por el rostro del joven francés, quien miró a Lucientes angustiado;

—¿Vos os oponéis a que sea el prometido de Gabrielle?

—Yo no, puesto que estimo que en circunstancias normales, serías un perfecto esposo.

—Gracias, señor.

—He dicho en normalidad de circunstancias, pero las que existen son de otro calibre. ¿Desposarías a mujer que llevaría como dote la obligación de tenderse encima de un polvorín con mecha ardiendo? ¿Tendrías valor para ser marido de la que hasta ahora ha logrado, porque ese amada, contener el indomable afán destructor que anida en el alma del chacal?

—Por el amor de ella, desafío al mundo entero.

—Palabras y sólo palabras, Julien. Cheij Khan no es un hombre normal, contra cuya amenaza, valga el encerrarse en castillo almenado y rodearse de guardia.

—Habláis con una seriedad que no os es habitual, Lucientes. ¿Pretendéis asustarme?

—Pretendo tan sólo lograr hincarte en el meollo la seguridad de que el anuncio de tus esponsales con Gabrielle atraerá el rayo de la tormenta. Una tormenta de la cual no tienes ni la menor idea,

porque no has vivido más que para tus pinceles e ignoras lo que son peligros como el que supone el chacal encolerizado. Siempre he sabido dominar mi cobardía, y por eso adquirí renombre de valiente. Pues bien, hoy te aseguro que tiemblo por vosotros. Podría abatir desde lejos al chacal, pero... no puedo, Sería un crimen... Y si él te mata, entonces... ¡me veré obligado a dar muerte a un muchacho por el cual no siento el menor odio, porque le comprendo! Sé que en su actitud dócil de estos dos últimos años no ha habido más que la contención del hombre que se siente culpable de una primera indignidad y se esfuerza por borrarla.

—Pese a Cheij Khan, yo aspiro a ser feliz. Y sólo lo obtendré ahora, intentando lograr que Gabrielle comparta mi amor.

Diego Lucientes se encogió de hombros y señaló un grueso volumen colocado encima de una mesita:

—Razón tiene el licenciado Pedro Cabra, al afirmar que en espíritus realmente enamorados, resbalan los sensatos aducimientos, corno resbala el agua por la roca lisa. Porque al enamorarse, el cerebro se convierte en pétreo adoquín, que sólo sube decir: “Quiero, quiero.” En fin, avisado quedas, Julien Martel.

Abandonó Lucientes su provisional seriedad y guiñó burlón:

—¿Cuántos años tienes, Julien?

—Veinticinco.

—Entonces eres un elegido de los dioses, porque éstos conceden la muerte juvenil a sus elegidos. Lo siento, artista... Creo que me apenará recoger tus restos diseminados por el chacal colérico.

—Debe cesar esta amenaza. Debe Gabrielle recuperar su completa libertad y no estar pendiente del chantaje que supone la sempiterna presencia del chacal merodeando.

—Si tú le hallas solución y vences este estado de cosas, ten por seguro que las crónicas venideras hablarán de ti como digno descendiente del paladín Rolando, el que se desayunaba matando un dragón de treinta metros entre hocico y rabo, y se acostaba después de haberse fatigado ligeramente acogotando a un centenar de sarracenos energúmenos.

—Creo que exageráis el peligro que Cheij Khan supone. Al fin y al cabo no es más que un hombre.

—Eso dices tú. No insisto más, Julien. No me pidas la bendición paternal. Lo tendrás, si persistes, cuando te cave el hoyo de la

tumba. ¿Qué ocurre? —inquirió Lucientes al entrar en el salón el guardabosques Robert Charles.

—Un emisario de Burdeos, señor. Trae masaje del Caribe.

Capítulo IV

Instantes decisivos

Marius Languedoc, al casarse con Lisette Lemarchand, la granjera de Civry, le relató durante el viaje las extrañas razones que motivaban la constante persecución de Cheij Khan, el árabe de soñadora mirada.

A la rolliza campesina, doncella de Gabrielle, aquel comportamiento del enamorado que, por dos años enteros, sin acercarse, seguía insistentemente la misma ruta que ellos, le pareció mucho más temible que cualquier amenaza directa.

Le contó esta impresión a su hermano Toiton, el pastor, cuando regresó del largo viaje.

Y Toiton Lemarchand, antiguo enamorado de Gabrielle, se sintió muy complacido de poder informar al "invitado" del castillo de los Ferjus, que, encontrándole al mediodía en el campo cuidando del rebaño, le preguntó con aires de gran señor qué era lo que sucedía en Civry y quién era Cheij Khan.

—Veréis, excelencia-replicó el muchacho, impresionado no ya por la moneda que le entregaba Lyon d'Arcy, sino por el bizarro aspecto y atuendo, del gascón —. Trátase de un romance de amor como pocos relatan los bellos libros. Cheij Khan es un caballero árabe, salvaje y sanguinario, a quien sólo las azules pupilas de la castellana de Civry han logrado domeñar.

Al parecer ella le ama, pero por una mentira que él deslizó al principio, la castellana, no perdona. Y él sigue su estela, como el gusano se arrastra en pos del rayo de plata que la luna dibuja en el césped ennegrecido por la noche...

Y Toiton, muy satisfecho de sí mismo, prosiguió, agitando su caramillo, como para dar mayor elocuencia á sus palabras:

—Cuantos rodean a la castellana de Civry, viven constantemente en alerta, porque el joven árabe, si obedece de pronto a sus impulsos, se puede convertir en una fiera. Dicen que cuando lucha, no sólo aniquila a sus adversarios, sino que alzándoles en vilo, los aplasta contra los árboles. Un hombre-fiera.

—¿Por qué los que rodean y vigilan a la señorita, no matan a Cheij Khan?

—Con ello darían muerte a la señorita-y Toiton Lemarchand dejó soñar su espíritu propenso a imaginar libios de caballerías y cruzadas, murmurando —: Si yo fuera hombre decidido y fuerte, y el chacal se despertara mordiendo, destrozando y sembrando la muerte hasta aislar indefensa a la castellana de Civry, por seguro tengo que espada en mano, impulsado por la desesperación de la dama abandonada, yo daría muerte a la fiera..., y como recompensa, obtendría la mano de la bella que... ¡Eh, "Chipie"! ¡Vuelve acá., vaca del demonio!

La exclamación del pastor no fue oído por Lyon d'Arcy, que, alejándose, estaba ya dominado por un nuevo pensamiento obsesionante.

Las últimas frases del pastor poeta habían sido inocentemente el "instante decisivo" que toda vida humana presenta.

Lyon d'Arcy había robado, mentido, calumniado, dado muerte a desconocidos por escasa paga. Y ahora las palabras de Toiton Lemarchand, sintiéndose el héroe legendario que rescata a la afligida hermosa de manos del dragón, acababan de hincarse en su cerebro, dando libre curso a su imaginación.

Veía con claridad varios puntos: todos los de Civry temían que de un instante a otro el árabe se convirtiera de sumiso perseguidor en fiera asoladora.

No le mataban para no causar una irreparable pena a Gabrielle Lucientes.

Nada conseguiría él, dando muerte desde lejos, en emboscada al joven árabe.

En cambio... y aquí el entrecejo del gasean se frunció dando a su fisonomía el aspecto de un hocico de, simio reflexivo... si morían Diego Lucientes, el pintor, los dos espadachines... sería acusado Cheij Khan...

Dar muerte a todos, y presentándose como instrumento de

venganza contra Cheij Khan a la indefensa Gabrielle obtendría la dote de la rica heredera...

Su mente trabajó activamente, y cuando entró en el vestíbulo del castillo de Ferjus, había ya planeado si no en sus detalles, sí en su epílogo la muerte de los que en Civry vivían constantemente en alerta contra el Chacal.

También Humberto de Ferjus estaba en un "instante decisivo": lo había determinado una conversación con su maestro de música y la contemplación de los grabados del lujoso libro "El buen tono entre la dorada juventud de la Corte".

Niccolo Pavolini había hablado con sensatez:

—Aislarte no es conveniente, Humberto. Tu violín debe recoger el fervor de los aplausos de todas las cortes europeas. El arte no debe ser egoísta. Llevar por doquier los benéficos efectos de unos momentos de calma al espíritu, es la labor de todo artista. Vivir entre sociedades exquisitas que te rindan homenaje de pleitesía, porque no serás el artista a sueldo, sino el marqués de Ferjus, que por propia voluntad, te sientes obligado a derramar sobre los otros, el caudal de arte y belleza que tu mágico arco prodiga. París, Londres, Roma, Florencia, Venecia, ciudades que aclamarán tu virtuosismo de joven genio...

Asentía el adolescente, que al final expresó una duda:

—¿Estoy suficientemente presentable, maestro?

—¡Yo lo afirmo! Tu arco no necesita ya de mis enseñanzas. Hay en tu fuero interno el divino manantial de composiciones sin pauta, que creerás continuamente, porque serán incontenibles. Eres un genio, Humberto.

—No me refería a la música, sino a mis vestidos, y mi comportamiento. En Puerto Colombia no tuve ocasión de convivir más que con muchachos de mi edad. Desconozco lo que debo vestir, y cómo se comportan en las principales cortes europeas.

—París te enseñará. Es la cuna de la elegancia.

—Quisiera llegar no como provinciano deslumbrado, sino como hombre mundano.

Humberto de Ferjus, espigado, de castaños cabellos, y miembros alargados, aparentaba mucha más edad de la que tenía. Y acentuaba aún su precoz madurez, el reflexivo aspecto de su hermoso rostro, de trazos y rasgos delicados.

—Eso será fácil-aseguró Niccolo Pavolini levantándose y acercándose a la suntuosa biblioteca. —Me he dado cuenta que esta librería contiene diversidad de volúmenes. Uno de ellos… éste…— y leyó las letras afiligranadas de cubierta: —“El buen tono entre la dorada juventud de la Corte”.



…emprendió el camino de Ferjus.

Escrito por un cortesano famoso, aquel libro contenía capítulos muy instructivos: “Lo que debe y lo que no debe hacer un Joven deseoso de triunfar”. “El uso de los afeites”, “La conveniencia de saber elegir pañuelos, medias y hebillas”, “El dominio de sí mismo”.
,

Fue leyendo Humberto párrafos salteados:

“«y vos, joven, que acudís por vez primera a París, tenéis que conocer la utilidad de no demostrar entusiasmo por nada. Caracteriza al caballero, la frialdad, la adopción de un aparente aburrimiento. Ayuda en la conversación, el uso de pañuelo de encajes que llevado en la bocamanga, al ser extraído y ondeado para puntuar palabras, os dará un acabado toque de distinción.”

“…la peluca corta de trenza posterior y bucles en las sienes, es adminículo necesario para que el rostro adquiera mayor madurez. Adolescentes de trece años, pueden transformarse si con el sabio uso de afeites, aumentan su viril juventud, dándole empaque de más años. Ved la utilidad del sonrosado en los pómulos: aviva la llama de vuestros ojos al mirar a las damas. Comprobad lo

necesario que es cubrir con polvos vuestro cutis demasiado juvenil. Intentad disimular la mórbida carnación de vuestras labios que denotaría vuestra corta edad, añadiendo carmín obscuro”.

“...y también en los grabados finales, hallaréis el espejo en que os podéis mirar. Son las pinturas de nuestros jóvenes favoritos, que dictan la moda en París. Tratad de acomodar vuestro atuendo y vuestro rostro a estos grabados...”

Devoró Humberto lectura y grabados: instantes antes de las once un lacayo partía a todo galope hacia Angulema para adquirir cuantos “adminículos” y “prendas delicadas” aconsejaba el autor del libro sobre moda masculina.

Hombres prematuramente envejecidos por el uso de polvos, coloretes, lugares y perfumes. Varones que al andar se contoneaban sobre altos tacones de zapatos con lazos. Espadachines temibles que al hablar ondeaban pañuelos de encajes, y aspiraban continuamente el perfume que exhalaban pequeños pomos de esencia que llevaban colgantes de collares.

Las cortes decadentes, posteriores Bizancios, que en vez de acudir a discusiones inútiles, preferían bailar “minués” para dejar bien patente su afectada máxima de que la banalidad y las fútiles diversiones eran patrimonio de los encumbrados.

Y aquel mediodía Humberto de Ferjus, asistido por Niccolo Pavolini, muy avezado a cortes venecianas, pasó dos horas ante el espejo, comparando sus sucesivas transformaciones con las efigies de los petimetres más en boga en la capital.

A las tres de la tarde, Humberto de Ferjus, cubriendo sus cabellos con una corta peluca blanca, avivadas las mejillas por un rojo intenso, pintados los labios, y arqueadas las cejas con negro de humo, miraba complacido el lunar negro adherido a su pómulo izquierdo.

Un lunar en forma de corazón...

Ondeó el perfumado pañuelo de encajes que acababa de extraer de la manga de su casaca de color violeta con arabescos de plata.

—¿No aparento dieciocho años y hasta veinte, maestro?

—Perfecto, Humberto.

Un ruido de cascos de caballo repicando contra el empedrado del patio, llamó la atención de Niccolo Pavolini que se aproximó a la ventana:

—¿Quién es, maestro?

—Un caballero de cicatriz en la frente, cabellos rojos, y distinguido ropaje. Le acompaña un joven también apuesto y elegante.

—Veamos quien son. Tengo ya deseos de frecuentar la sociedad elegante.

* * *

Diego Lucientes Acudió al encuentro del emisario. Era un marino bretón del “Jeanne d’Arc”.

—Carta entregada al capitán Kerouel para seros remitida, si me demostráis ser el caballero Diego Lucientes.

Con el testimonio de la servidumbre, entregó el marino el sobre lacrado, y retiróse después de recibir una bolsa bien provista.

Impaciente, rompió Lucientes los lacres:

> “Puerto Colombia, fines de 1721.
>
> Carlos Lezama saluda a Diego Lucientes:
>
> Mejores noticias quisiera que ésta te dieran, estudiante que fuisteis de la difícil ciencia del vivir.”
>
> “He recibido tus distintas cartas dirigidas al conde Ferblanc, desde varios y lejanos puntos. Antes de comentar mis penillas, pasaré a comentar tus disgustillos.”
>
> “Peliaguda misión nos echamos sobre los hombros, don Diego, cuando nos dispusimos a ser padres. Yo soy un pato que ha creado un cisne, y tú un jovial romántico, que cambia de amores según cambia la luna, tienes hija que permanece fiel a su primer amor.”
>
> “Cuantas soluciones has estudiado también las he estudiado, con idénticos resultados. No podemos acudir más que al tiempo. Matar a Cheij Khan sería un alivio… pero creo que matarías a tu hija. Hay momentos en que debemos acudir al engaño, estudiante. Estás sólidamente convencido que Gaby no piensa más que en el mozo árabe. Y tienes la seguridad de que sería regenerar al chacal, que idolatra a tu portento, darle por esposa a la que persigue constantemente, en forma tal que no puedes

partirle los dientes.” “Ingenia, buen mozo, ¿o es que ya envejeces? Un lecho de agonía, da cuarto obscuro y tétrico, velones encendidos... Cheij Khan malherido agoniza, y tú, en postrer demanda, acudes a tu hija, para que te lleve el consuelo de un último adiós y un perdón. Ellos dos, ante tus paternales oídos, se dirán ternezas irreparables. Ella perdonará, gritarán mutuamente su amor... El decorado influye mucho en las almas, don Diego. Lo que no se dirán a la luz del sol, o de la luna, lo berrearán al influjo de una próxima muerte.”

“¿Qué rebuznas? ¿Que Cheij Khan es un mozo al cual no abate ni una montaña? ¿Que disfruta de magnífica salud? Haz trato con él y que se finja herido. Tú Sabrás ayudarle. Después... ¿No puede mejorar? En su convalecencia, ya Gabrielle no se volverá atrás. Habrá ella, sin sucumbir, acudido al lecho de un moribundo, jurándole amor eterno. Y ya ...boda, y asunto concluido.”

“Pasemos ahora a mi encanto de hijo, el marquesito. Cuando esta leas estará ya por tus alrededores. Visítale en su castillo. Tacto, con Diego, mucho tacto. Yo no he logrado lo que quería, porque él me conceptúa un león hambriento de carne humana. Un ser incapaz de llorar ante arpegios de violín. Es muy tierno el niño para saber que aun los más duros, no podemos evitar el esconder en el fondo del corazón arpegios de violines. Pero he roto su violín... Acabo de propinarle una severa paliza.”

“La gente de rompe y rasga, tienen una expresión graciosa, refiriéndose al que está ausente en .momentos decisivos. Dicen que “está tocando el violín”. Pues eso es lo que hacía la perla de mi niño, mientras su madre era raptada. No lo he podido remediar, y quizás seré mal juzgado por ella, Mireya, y volveré a estar solo, Lo sabrá... si cesas de oír hablar del conde Ferblanc, y en cambio, vuelve a ser pregonada, esta vez sin indulto, la cabeza del Pirata Negro, que vuelve a las andadas.”

“Ha sido esta noche para mí uno de los instantes más decisivos de mi vida: Quizás debí perdonar... No puedo.”

"Trataré de explicarte el carácter de Humberto.

Supongo que Mireya te dirá... o si conmigo sé queda, te escribirá. Es una madre, y cuanto contra mi diga, bien dicho está. Pero al niño no le quiero yo volver a ver, hasta que no se haya convertido en hombre.”

“Es aficionado a frases impropias de sus escasos años. Tú y yo, sentimos repulsa hacia los precoces prodigios, que con sus arrumacos de viejos antes de tiempo, manchan la única belleza del hombre que es ser niño.”

“Ve una espada y palidece. Nunca ha peleado con otro chaval... Lo siento, pero al escribirte, estoy evocando la imagen de Carlos. ¡Aquél sí que era mi hijo! Éste, lo es también, pero me ha salido cisne... Tú cuando quieres tienes mucha mano izquierda, amigo mío. Lo demostraste con creces, puesto que juntos convivimos mucho tiempo y seguimos viviendo.”

“No te pido que compres un violín y lo arañes asquerosamente, para darle halago a mi hijo. Pero, al igual como te recomendé por!a felicidad de Gabrielle que acudas al engaño, miente por mí. Miente por Mireya. Devuélvenos a un marquesito, convertido en un hombre.”

“Perdona. Iba subiendo un camino que me conduciría al patetismo. Tú me conoces, y eres buen entendedor. ¿Podré evitar .si la ausencia se prolonga, que Mireya, sienta una nostalgia natural? ¿De qué me sirve ser águila encadenada, por deseos de dar hogar seguro a mi esposa y nuestro hijo si no existe unión entre él y yo?”

“Como sé que tú por imbécil... por hermandad conmigo... eres capaz de matar al que sin razón o con ella, hable mal de mí, atiende con despierto seso. Humberto no puede elogiarme ni mucho menos. Te dirá que soy un tal y un cual. ¡Más engaños te pido, estudiante! Síguele la corriente, hazte su amigo, y consigue que te haga caso. Y entonces fácil te será irle dando con disimulo afición por lo que la vida obliga a poseer: fortaleza fie brazo, entereza de espíritu...” “Créeme, “Medio Brazo”, si te digo que al pensar que tú lograste una vez salvar a mi velero, pienso también que ahora puedes también salvar del naufragio a mi hogar.”

“Bien, no creo necesario más lamentaciones. Dicho queda todo. Un abrazo para tu hija. Inútil añadir que ahora más que nunca tus cartas serán esperadas con impaciencia semejante a la de la legendaria Eloísa, sólo que yo espero de ti sepas convertir al, marquesito Abelardo en el marqués Ferjus a secas, como yo soy conde Ferblanc.

Hasta pronto, don Diego Lucientes, embajador de ardua tarea diplomática. Gracias.

Carlos Lezama”

Diego Lucientes, después de comer, miró con repentino interés a Julián Martel:

—Ya ero hora, señor-dijo sonriente el pintor. —Durante toda la comida no habéis hablado.

—Ya lo hiciste tú por los codos, diciéndole seguramente verdaderas necedades y majaderías a Gaby... Cierra el pico, que ahora no quiero hablar de nuevo de lo irremediable. Estoy pensando que tú puedes servirme de freno.

—¿De freno?

—Suponte que soy un caballo que siente verdaderos deseos de patear a un asno. El asno es Humberto Ferjus, el marquesito que reside en el castillo vecino. Es hijo de un amigo, por el cual daría yo lo indecible. Y me recomiendan una misión difícil, en la que quiero triunfar. Si voy solo, creo que patearé el asno. Contigo me irá mejor, porque actuarás de freno.

—¿Cómo? ¿De freno? No entiendo.

—¿Tú eres un artista o no?

—Por tal me tengo.

—Adoras los claros de luna, pintas jazmines, y la música te hace llorar.

—No tanto. Los claros de luna me emocionan, pero prefiero dormir. Los jazmines me encantan por su olor, pero me parecen mezquinos. Y en cuanto a llorar oyendo música, si lo hago de bostezos, cuando oigo ciertas músicas que...

—¡Oído al parche, Julián! El asno que vamos a visitar es violinista.

—También tuve yo esa debilidad. No ha mucho vendí mi violín

a cambio de un plato de carne...

Diego Lucientes alargó el brazo derecho y su mano palmoteo vigorosamente el hombro del pintor.

—Eres el freno que me hace falta. Un verdadero hallazgo. No sólo eres un pintor ultrasensible, sino que los violines te despepitan. Se trata de que quiero meterme en el bolsillo al niño. Si fuera un niño como todos le llevaría un pequeño barco, una espada de juguete y le prometería que le llevaría a la grupa a la feria. Pero es un niño precoz el marquesito. Seguramente a solas, le iba yo a dar diez nalgadas por ser la preocupación del hidalgo Lezama y contribuir a poner en peligro la seguridad de un hogar, pura el cual sacrificó el hidalgo Lezama su mayor fortuna: la independencia.

—Entonces, si mal no entiendo, cuando os veo dispuesto a soltar alguna palabrota, intervendré yo, hablando de arte y musiquillas, ¿no es así?

—Tú lo has dicho, talento. Tú vas a ser mi máscara, y la mejor carta de presentación. El arte visita al arte. Pongámonos en camino, y ya te acallaré de instruir. Es lo menos que me debes, y te prometo una buena lápida en tu tumba.

Sonrió Julien Martel:

—No me asusta ya Cheij Khan. Cada sonrisa de Gabrielle es un aleteo de ángel ahuyentando el peligro demoníaco.

—Sí, sí... Sonrisitas, ¿eh? Veremos de qué te servirán, cuando el chacal te coja a solas.

Los dos jinetes al pasar por el camino que se dirigía al castillo de Ferjus. Pesaron de conversar, cuando divisaron a Cheij Khan, que apoyados los hombros en un tronco de árbol, cruzados los brazos, saludó suavemente:

—Buenas tardes, don Diego. Y vos, Martel, ¿seguís en el castillo pese a mis advertencias?

—Yo contesto por los dos a tus buenas tardes, chacal-gruñó Lucientes. ¿Por qué no te das una vuelta por tu oasis de Mogador? Vete a cazar algunos leones.

—No domo, desde que tengo que domarme.

—Bella réplica, Cheij, muchacho. Sigue domándote siempre... No quiero perderte el afecto. Abur.

Ya alejados, Julien Martel, murmuró:

—Da la impresión de un trovador. —No le has visto convertirse

en fiera. Ni deseo que lo veas. Destroza y arrasa como un huracán. Tiene los músculos más fuertes que pueda un hombre poseer. Y sus saltos empavorecen. Oye, Julien, cuando termine yo con el marquesito, ¿por qué no te vas a pintar un crepúsculo en la tierra helada de los boyardos?

—Yo, como Cheij Khan, os replico que no pienso irme, porque estoy domando el miedo que me produce esta quietud del chacal.

—Allá palillos... Nadie podrá nunca reprocharme que no he actuado como mediador pacífico. ¿Queréis guerra? Bien, bien... A ella, pues... Y cuando no queden ni los rabos de una lagartija en los bosques de Civry entonces todos los huesos me darán la razón. Ahora, volvamos a lo nuestro de más urgencia. Has de convencer al marquesito de que tú y yo, somos dos poetas musicales, aborreciendo las viles actitudes de los hombres que por un quítame allá esas pajas, se comen los hígados.

—Os advierto que con este lenguaje lo que vais a lograr es asustar a la criatura.

—Todos estamos asustados... Es curioso, Julien, pero mi sexto instinto escarba mis fibras.

Ladeó Martel la cabeza, para mirar a su acompañante:

—¿Sexto instinto?

—No lo tienes tú. Cuando se ha vivido peligrosamente, hay presentimientos. Hasta ahora pese a todo, he vivido alegremente. Y de pronto, no sé porqué, presiento que la tragedia se avecina.

—Hoy es un día de invierno primaveral. Luce el sol, y la naturaleza sonríe.

—Una vez iban a ahorcarme en Sevilla y la misma tierra olía a mujer enamorada.

—Pero, por lo que veo no os ahorcaron. Vuestros, presentimientos, pues, fallan.

—¡Maldito sea el amor!

—Blasfemia horrible, don Diego. Vos que fuisteis... y sois, faldero impenitente...

—¡Repámpanos! Una cosa es juguetear a amores, otra tomárselo por lo serio. El amor... Bueno, mira, pintor, entre tú, mi hija y Cheij Khan estáis fraguando la tragedia.

—¡Bah! Preocupaciones de padre.

—¡Ese me faltaba! ¡Llámame viejo cascarrabias y temblón,

bellaco del infierno!

Julien Martel, afectuosamente, sonrió:

—Os quiero, y para mí sois compendio de leal virilidad. Veréis cómo triunfaréis en todo, Vuestra hija cesará de ser atormentada por el chacal, el hijo de neutro amigo hará lo que queráis, y todo se arreglará.

—¿Te la digo, "resalao"? —rezongo Lucientes.— No me eches más buenaventuras. Volvamos a lo que somos, puesto que por el patio del castillo del marquesito entramos. Dos genios musicales, propensos a escupir a quién no adore el arte.

—A escupir, no, don Diego. A tratar con lástima a los que crean que la vida es lucha y mortificación.

Desmontaron los dos jinetes al pie de la escalinata, y un lacayo se hizo cargo de las riendas. .

—Tened la bondad de exponer al señor marqués de Ferjus nuestra súplica-dijo Lucientes rebuscando las difíciles palabras. —El caballero que me acompaña es el famoso pintor Julien Martel, compositor musical también al igual que yo. Rogad en mí nombre, por vecino, ya que soy Diego Lucientes, del castillo de Civry, que tenga vuestro señor la gentileza de permitirnos visitarle y deleitarnos con sus dotes musicales, de las que merecido elogio me hace la señora marquesa de Ferjus por carta recién recibida.

Resopló Lucientes al terminar la parrafada... Desde lo alto de la ventana, Humberto de Ferjus escuchó complacidísimo las palabras del pelirrojo.

Descendió y para comprobar loa efectos de su adopción de los consejos del libro: "El buen tono entre la dorada juventud..." entró en el rellano de la terraza, deteniéndose allí, aspirando el pomo de esencia colgante de su cuello por una sarta de piedras azules, destacándose por entre la albura de los encajes.

Y sintióse aún más complacido al ver el asombrado silencio con el que el alto pelirrojo le miraba.

Supuso elogios, las palabras que no podía oír, y que estaba el pelirrojos murmurando a oídos del otro visitante:

—¡Repámpanos! ¿Esto qué es? ¿Un mozo o una amazona?

—Es un cortesano de París, don Diego.

—Tendré que pedirle la partida de nacimiento. Seguramente será el maestro de música del niño.

En el rellano, Humberto de Ferjus, ondeando el pañuelo de encajes que acababa de extraer de la bocamanga de su casaca violeta, hizo una profunda reverencia y habló con afectada agudeza:

—Soy el marqués de Ferjus. Bienvenidos, señores.

Capítulo V

Frente a frente

Diego Lucientes reprimió el grito de sorpresa que le producía comprobar que el atildado “refinado” que parecía brotar de un grabado de libro de modas extremadamente remilgado, era el segundo hijo del Pirata Negro.

Su pasmo enorgulleció a Humberto de Ferjus:

—Tened a bien, caballeros, consideraros en vuestra casa-dijo iniciando una segunda reverenda.

—Pero, ¡es imposible! ¿Vos sois Humberto, hijo del conde Ferblanc y la marquesa Mireya? —barbotó Lucientes estupefacto.

—Soy tal como os anuncié, el marqués de Ferjus. ¿Por qué parece causaros tanta sorpresa, señor Lucientes?

—¡Porque yo...!

—Mi amigo y Mecenas, el señor Lucientes-se apresuró a intervenir Julien Martel-pensaba hallarse ante un adolescente, casi un niño, y está maravillado de veros, con toda la apariencia de un cumplido caballero que ornaría inmejorablemente cualquier salón de la mejor corte europea.

—Os agradezco vuestros elogios, señor Martel-replicó Humberto, repitiendo la reverencia que le había enseñado Niccolo Pavolini como muestra de dechado de cortesía palaciega.

Considerables esfuerzos tenía que hacer Lucientes para recordar que el Pirata Negro había insistido sobre la necesidad de “tacto y engaño”.

Era su deseo coger al muchacho por el cuello, conducirle a empellones hasta el próximo estanque y lavarle la cara, arrancándole también la profusión de lazos, encajes y cintajos...

Respiró a fondo antes de replicar subiendo las escaleras:

—Mi amigo Julien, ha sabido expresar en palabras lo que yo era incapaz de decir, marqués.

Hizo Humberto una mueca que quería significar comprensión, precediendo a sus dos visitantes hacia un cercano salón.

Allí, señaló con un ondeo de su pañuelo la mesa:

—¿Fruta dulce, bombones? ¿Ambrosía, hidromiel?

Y ante la señal negativa de Lucientes, tendió una de las cajas al pintor, que extrajo un bombón relleno de licor, paladeándola con aires de entendedor.

Diego, Lucientes fue dominando sus ímpetus... La forma como al sentarse cruzó Humberto sus piernas enfundadas en medias de seda azul, mostrando los zapatos de alto tacón provistos de lazos del mismo color, hizo crispar unos instantes los puños al pelirrojo, para contrarrestar sus tentaciones de echarlo todo a perder, gritando su enojo ante el niño pisaverde.

—Decíais, señor Lucientes, que habíais conocido a mi madre, la señora marquesa de Ferjus, condesa de Corbigny y descendiente en línea directa de Rigobert de Ferjus, el cruzado.

—He tenido el honor de ser privilegiado con la amistad de vuestra madre, señor marqués-dijo Lucientes eligiendo cuidadosamente las palabras.

—Le comunicaré a ella vuestra visita, y espero que en París, en la corte, nos veamos con frecuencia.

—¿Pensáis ir a París?

Agitó Humberto el pañuelo como para ahuyentar una inexistente mosca:

—He reposado ya del viaje, y los aires de la campiña, me resultan ya aburridos. ¿Dónde puede un caballero hallar mejores compañías que en el propio París?

—Tenéis razón-dijo Lucientes, pronunciando las palabras como si las mordiera. —¿Aprendisteis en Puerto Colombia el arte de vestiros como un perfecto... un perfecto elegante?

—¡Oh, no! Allá la gente es inculta, tosca y bastante desaseada. ¿Conocéis al conde Ferblanc?

—Conozco, a vuestro padre.

Humberto de Ferjus miró con sonrisa displicente al pelirrojo.

—¿Era o es amigo vuestro? Desearía saberlo.

—Hace ya mucho tiempo quo no lo trato. Le conocí hace

muchos años, casualmente.

—Podéis hablarme con franqueza, señor Lucientes-invitó el muchacho, afectando indiferencia. —¿Sabéis el por qué abandoné Puerto Colombia, para venir a Europa?

—Ignoro los motivos, pero supongo que sería por deseo materno de que viajarais... Indudablemente las cortes europeas, os ofrecerán posibilidades para vuestra vocación artística que las Indias no pueden ofrecer.

—Estáis en lo cierto, señor Lucientes. Habéis acertado. Aunque quizás no debería enjuiciar al conde Ferblanc, estimo que él no podía proporcionarme la educación y los ambientes que necesito. Sabed que actualmente es el jefe de una legión de mercenarios extraídos de los peores lugares...

Julien Martel, notando que la cicatriz de la frente del pelirrojo iba enrojeciendo, actuó de “freno”.

—Perdonad si os interrumpo, señor marqués.

—Decid, mi buen amigo-invitó Humberto con tono protector.

—Tanto el señor Lucientes como yo hemos acudido ansiosos de oír vuestro virtuosismo. Él y yo, tenemos en común una gran afición por el arte.

—¡Que me place! —dijo Humberto.— El culto a lo bello, une a los hombres con sólidos lazos de amistad. Perdonadme unos instantes, mientras subo a elegir el mejor de mis instrumentos.

Diego Lucientes resopló varias veces, antes de hablar, una vez hubo salido el adolescente:

—¿Dije un freno, Julien? ¡Lo que necesito es un bozal! ¡Este currutaco alfeñique mequetrefe me está revolviendo el estómago! ¡Es un mascarón presumidillo que...

—Freno, don Diego-suplicó Julen Martel. —Amainad el genio. No conseguiréis triunfar por la violencia.

—¡Qué paliza le daría yo al... mamarracho ese! ¿Pues no nos habla como si fuéramos dos colegiales o dos siervos y él un príncipe real con barbas y cargado de años y experiencia? Y... ¡encima voy a tener que aguantarle con su violín del infierno! ...

—Calma, don Diego. Sois embajador en misión delicada.

—Mejor quisiera estar ante el Gran Rey de Argel, acusado de haberle robado cincuenta favoritas. Me causa náuseas el niño ese...

—La música del violín os calmará don Diego-y alzó la voz Julien

Martel. —Es cierto, señor Lucientes. Tenéis razón. El señor marqués demuestra una mundana exquisitez, extraordinaria en su edad real, aunque aparente físicamente tener más de dieciocho años.

A la vez que hablaba el pintor hacía desesperados guiños, revolviendo los ojos hacia el umbral, tras cuyas cortinas habíase detenido el hijo del Pirata Negro.

—En efecto, en efecto-mintió Lucientes, sintiendo como si en su boca se acumularan heces avinagradas. —Es pasmoso, es inaudito. No acabo de recuperarme del asombro...

Entró Humberto sosteniendo entre sus dedos un violín:

—Stradivarius-anunció, solemnemente —. ¿Qué opináis, señor Lucientes?

—¡Asombroso! ¡Inconcebible!

La mirada de Humberto de Ferjus demostró que el pelirrojo se le antojaba torpe y carente de inteligencia.

En cambio, Julien Martel supo hallar el elogio adecuado:

Un Stradivarius en vuestras manos, señor marqués, hará de las terrenales composiciones, melodías celestiales.

Me colmáis, señor Martel. Sin duda vos que sois artista famoso, sabréis que hay momentos sublimes de inspiración. En estos instantes os molestaría con música escasa en sublimidad. Hacedme el honor de aceptar mi invitación a cenar y después, en el jardín, desgranaré las mejores notas, componiendo sobre un motivo, para el cual buscaré esta tarde inspiración en el manso fluir del Loira por el bosque, que visitaré en mi silla de manos. No quiero abusar de vuestro precioso tiempo, señores. Hasta la noche.

Tendió Humberto su mano y desde el rellano despidióse de los dos visitantes ondeando su pañuelo de encajes:

—Hasta la noche, señores. Agradezco vuestra gentil visita.

Cuando los muros del castillo quedaban un centenar de metros tras la grupa de los dos caballos, Diego Lucientes imprecó unos instantes con original vehemencia:

—¡Este mocoso me va a sacar de quicio! ¿Has visto tú alguna vez algún fenómeno de la naturaleza?

—Vi una vez al hombre tronco-replicó el pintar, riendo —. Le faltaban piernas y brazos.

—Pues al niño le sobran pinturas, encajes, lazos y perfumes.

—Es la moda juvenil en París, don Diego.

—¿Qué dejan, pues, para las mujeres? He estado en París y cada vez que olía a un mequetrefe así, me tomaba un vaso de vino después de escupir.

—El hábito no hace al monje, don Diego. Hay en la Corte, exquisitos perfumados, que se baten victoriosos en duelo varias veces por la madrugada.

—Pero… ¡este mequetrefe tiene apenas doce años! ¡Y parece una coqueta de dieciocho! Creo que en lugar de tantas contemplaciones voy a emplear otro método. He pasado unos minutos perros, conteniéndome… Esta noche le rompo el violín, lo amarro a la silla de mi caballo, lo llevo a Civry, lo encierro y con una buena vara de fresno, mucha agua y buenos razonamientos, voy a evitar que se transforme definitivamente en un… no sé qué, mil diablos… Bueno, por el instante voy a olvidarlo. Te acompañaré hasta el castillo y después regresaré a estos parajes. Tengo una cita con el gascón de esta mañana.

—¿Para qué me acompañáis? No os molestéis. Debo empezar a acostumbrarme a la idea de que no vais a estar continuamente sirviéndome de escudo contra un posible ataque de Cheij Khan.

—¿Galleas? Bien, bien… Allá tú, Julien. Pero pica espuelas, si ves que el trovador al acecho se te acerca.

—Así lo haré. Hasta luego, don Diego.

Pero no debían verse más. Julien Martel, ignorante de lo que iba a sobrevenirle, se dirigía a la muerte, al emprender a solas el camino hacia el castillo de Civry.

* * *

Cheij Khan, desnudo de torso, bañábase en el río. Nadando con fácil gesto, buceaba continuamente, en ejercicio que aumentaba su capacidad torácica, ya de por sí amplia.

Vio al salir de una de sus inmersiones, una silla de manos detenida, de la cual salía un joven, llevando bajo el brazo un violín.

Humberto de Ferjus, pellizcando de vez en cuando las cuerdas, se acercó al lugar donde pastaba el caballo de Cheij Khan.

El paraje era idílico y le pareció lugar apropiado para inspirarse.

Empezaba a componer una sinfonía, cuando se detuvo contrariado, al ver surgir ante él, un chorreante individuo, de torso bruñido y de acerada musculatura.

—¿Quién eres tú? —inquirió Humberto.

Cheij Khan miró, con reposado vistazo, al que le interpelaba. "Tria ojeada que detallaba al que ignoraba era su hermano...

—Del agua salgo... Agua, que también falta te haría.

—¡Insolente! ¿Sabes con quién estás hablando, villano?

Sonrió Cheij Khan en mueca amable, mostrando los blancos dientes.

—No sé.

—¡Soy el marqués de Ferjus!

—Y yo soy Cheij Khan, dueño del mundo, porque caminante soy que a mi antojo va.

—Estos bosques pertenecen al marquesado. ¿Eres mozo de establo al servicio mío o de los Civry?

Recogió Cheij Khan del suelo su espada, que desenvainó agitándola en el aire.

—Villano y mozo de establo me has llamado, marquesito. Eres un niño, pese a tus perifollos. Vete, o te azotaré con esta hoja que marcará en tus espaldas surcos dolientes. ¡Vete, damiselo!

Retrocedió Humberto, llamando:

—¡A mí, lacayos!

Dos robustos criados acudieron corriendo. Les señaló Humberto al que, espada en mano, sonreía amablemente.

—¡Vapulead a ese vagabundo que me ha faltado al respeto! ¡Pronto, y echadlo de mis tierras!

Los dos lacayos que avanzaban, detuviéronse de pronto... Miraron al joven tras el cual el potro blanco pastaba, y dando media vuelta, echaron a correr hacia la silla de manos.

—¡Villanos! ¿Por qué desobedecéis mis órdenes? —chilló Humberto, corriendo tras ellos.

—¡Es el árabe llera, señor marqués! —murmuró, lívido, uno de los dos lacayos—. El hombre que acecha a la castellana de Civry... Le temen los mejores espadachines... Es una fiera suelta...

Entró Humberto rápidamente dentro de la silla de manos, que los dos lacayos apresuradamente llevaron a lo lejos.

Jadeantes, se detuvieron cuando repiqueteó Humberto con los tacones en el suelo de la carroza de tracción humana.

—¿Cómo consienten las autoridades que pueda libremente andar por mis bosques un peligroso árabe retador? Enviaré a mi administrador a Angulema para que cese este odioso sujeto de

sembrar el terror entre la gente pacífica. ¡En marcha hacia la vertiente Sur del castillo! Me inspiraré allí.

Sólo unos instantes meditó Humberto que su actitud había tenido mucho de espanto y cobardía.

Pero pensó en una de las frases del libro que era su guía: “Los señores de elevado rango no se manchan las manos abofeteando a seres de inferior casta”.

Capítulo VI

Lyon d'Arcy forja el primer eslabón...

—Una cadena. Sí, una cadena falsa que rodeará, el cuello da Cheij Khan, entregándolo inerme al patíbulo... y valiéndome por recompensa mi castillo, una hermosa y riquezas.

Repitióse por segunda vez esta apreciación Lyon d'Arcy, cuando había ya redondeado en su menor filamento la tela de araña cuya urdimbre iba a cambiar los destinos de Cheij Khan y Gabrielle Lucientes, convirtiéndolos en mortales enemigos.

En las selvas suramericanas, había d'Arcy aprendido el hábil dominio con el que los indígenas, seguían cualquier pista silenciosamente.

Cuando Diego Lucientes separóse de Julien Martel, Lyon d'Arcy corrió hasta aproximarse al lugar por el cual indefectiblemente tenía que pasar el pintor.

Supo aparecer como quien pasea por el sendero en sentido contrario al que avanzaba lentamente, ojeando a diestro y siniestro el joven pintor.

—Buenas tardes, señor artista —saludó cordial y ampliamente el gascón.

Reprimió Martel su sobresalto y también su hilaridad al ver la grotesca figura del que por la mañana había obsequiado con flores de su propio jardín a Gabrielle.

—Buenas tardes, caballero d'Arcy.

—Hermosa tarde.

—¿No estabais citado con el señor Lucientes?

—A la cita me dirigía-mintió el gascón, en cuyos planes no entraba en lo más mínimo acudir al duelo —. Pero aun es, pronto y me es grato disfrutar del placer de vuestra compañía. Os envidio,

señor artista.

—¿A mí? ¿Por qué razón?

—A diario ante vuestros ojos, está la sin par belleza única de la castellana de Civry. He conocido muchas beldades, pero ninguna poseía el encanto especial que atesora vuestra modelo.

Había maniobrado Lyon d'Arcy de modo que su caballo quedó emparejado al manso corcel montado por Julien Martel.

Repentinamente, el gascón le fue antipático al pintor:

—Agradezco vuestros elogios, pero os ruego no prosigáis, ya que ella no os puede contestar.

—¿Es ofensa cantar las gracias de una dama?

—¡La dama en cuestión es mi prometida desde esta mañana!

—¿Cómo? —preguntó estupefacto Lyon d'Arcy—. Pero… ¿no es el caballero árabe el prometido de la castellana de Civry?

—No… Os he anticipado una noticia que pronto será pública, ya que no puede contenerse la lengua de la servidumbre. Y muy a honor tengo el que vos sepáis que ante y contra Cheij Khan se interpone mi persona.

—Mi enhorabuena, señor. Mi cálida felicitación. Excusadme, pero ignoraba tan fausto acontecimiento. ¿Estrecháis mi diestra sin rencor?

Julien Martel tenía un corazón generoso. Tendió la mano, y lo que siguió fue demasiado alevoso para que él pudiera siquiera darse cuenta.

A la vez que fuertemente atraía hacia sí la diestra del jinete que estaba junto a él, Lyon d'Arcy hundía, entre los dos omoplatos del confiado pintor, su aguda daga…

Repitió por dos veces el mortal golpe asesino. Sin exhalar un grito, abatióse Julien Martel muerto sobre el cuello de su caballo.

Retuvo d'Arcy las riendas del caballo sin mando y empujó el cadáver que rebotó contra el suelo del sendero.

Ató los dos caballos, y su siguiente acto tuvo una bestialidad sin límites. Cogió en vilo al cadáver, rodeándolo en la capa que colgaba del hombro izquierdo de Martel para no mancharse con la sangre que brotaba de la herida.

Repetidamente, contra un tronco hizo chocar al muerto… Después, lo dejó caer entre unas malezas, donde quedó desmadejado y roto el cuerpo, del que minutos antes era un joven

pleno de vida, ilusión y bondad.

Desató la montura de Martel, llevando al caballo hacia el interior, donde lo desjarretó, sangrándolo después de un bestial golpe en sesgo al cuello...

El furor homicida había invadido al criminal, acuciado por la ambición, en la que su fantasía había urdido tenebrosa cadena que suponía la pérdida de toda esperanza en Cheij Khan...

Mentó el gascón en su caballo y dirigióse hacia donde antes de divisar a Lucientes y Martel, había visto desnudarse a Cheij Khan en el recodo alto del río Loira.



Cheij Khan vistióse después que hubo partido velozmente el marqués de Ferjus.

Miró con indiferencia al jinete que se aproximaba por la ladera alta y poco después el gascón desmontaba ante él: .

—Excusadme, si os importuno, caballero Cheij Khan. Vengo a comunicaros una noticia que os será de gran interés.

—Esta mañana os advertí que no quería veros de nuevo.

—Parto de esta tierra para regresar a mi Gascuña idolatrada. Pero antes, sabedor de la dolencia que os aqueja y tortura, y defensor como siempre he sido de los galantes sufrimientos; me ha parecido desleal y poco caballeroso, el comportamiento de cierto pintor, cuyos manejos he aprendido casualmente, por haberse él confiado a mí, creyéndome enemigo vuestro. Yo no tengo razón de enemista d contra vos. Si esta mañana me amenazasteis, estabais en vuestra razón... Pero yo ignoraba lo que sucedía en Civry.

—¿Y qué sucede en Civry? —preguntó, calmosamente, Cheij Khan. .

—Habéis do asegúrame que no os enfureceréis al aprender la villanía que se dispone a cometer el bohemio pintor que abusa de un generoso Mecenas y de la candidez de una dama.

—Cheij Khan juntó las dos manos, presionándose las palmas.

—Os ruego brevedad, y os afirmo que sé dominar mis impaciencias y mis cóleras, mientras no me buscan pelea. Y al parecer vos, espontáneamente, acudís a revelarme algo que ignoro.

—El pintor acaba de partir al pueblo de Nancon hará cosa de una media hora. No volverá ya a Civry.

—Grata noticia. Veo que al fin se decidió a seguir mi consejo, y

abandonar el castillo de Civry.

—Esta noche se reunirá con él, la castellana de Civry.

—¿Qué osáis?.,. Excusadme, amigo... Proseguid.

—El pintor, abusando de la hospitalidad concedida, que le permitía sostener conversaciones solitarias con Gabrielle Lucientes, consiguió alentar ten ella, un falso remedio al mal que también ella sufre, porque os quiere. La dijo que por su dignidad y para que cesara en vos la idea de que ella os ama, había un medio que terminara con esta situación que dura desde hace dos años. Un matrimonio blanco; verdadera boda que uniera ante los altares de Nancon a Gabrielle Lucientes con Julien Martel, haciendo, por tanto, imposible, que vos alentarais la esperanza de, casaros...

—Es absurda esta pretensión. Bien sabe ella y también él, que si tal sucediera, no pisaría suelo sagrado, sin caer muerto el que osara arrebatarme lo que es mío.

—Ella es muy rica... Y el pintor muy ambicioso-murmuró Lyon d'Arcy, taimadamente. Y con la misma cazurrería, añadió: —En ello nada me va, caballero Cheij Khan. Obré como espero que en ocasión parecida actuara conmigo un leal gentilhombre.

—¿Decís que Julien Martel ha ido a Nancón?

—Ha media hora partió.

—¿Cuándo debe reunírsele ella?

—Anochecido.

—¿Sabe el señor Lucientes esta fuga?

—No sospecha nada, poro dice el pintor que si lo sabe, aprobará, porque Gabrielle aducirá razones que le convencerán.

—Ha firmado Julien Martel su condena, por el crimen de enturbiar los pensamientos de Gabrielle. Os doy gracias, señor d'Arcy. Habéis obradlo como un leal caballero, al que repugnan las acciones viles y engañosas.

—Es mi código de honor, caballero.

—Quedo vuestro deudor. Espero que algún día él azar nos permita vernos de nuevo y si en algo entonces puedo serviros, no vaciléis en acudir a mí. Buenas tardes, señor d'Arcy.

—¿Me es lícito inquirir qué pensáis hacer?

—¿Qué haríais vos?

—Dar muerte al traidor, pero evitando que pudieran acusarme de asesinar a un inocente.

—No os comprendo.

—Si al llegar a Naucon acudís directamente en busca de Julien Martel y le retáis a duelo, pretenderán luego que lo hicisteis injustificadamente. Permitidme que mi experiencia en las leyes humanas os aconseje.

—De buen grado.

—Aguardad a que ella acuda. Entonces ley no os acusará, ya que oh interpusisteis caballerosamente entre una dama engañada y un malvado ambicioso.

—Tenéis toda la razón. Así lo haré. Reitero mis cordiales felicitaciones de gratitud. Buenas tardes, señor d'Arcy.

Quedóse Lyon d'Arcy sonriendo perversamente, cuando vio partir el blanco caballo, por la ruta meridional que conducía al pueblo de Naucon.

Había forjado el primer eslabón… Sentíase orgulloso como si —estuviera cincelando una obra maestra.



Diego Lucientes miró liada donde el sol refulgía pálidamente en el leve azulado del cielo.

A caballo esperaba pacientemente y cuando creyó que eran aproximadamente las cuatro y media y faltaba tan sólo escasamente media hora para el temprano crepúsculo invernal, se dispuso emprender el camino hacia Civry.

Sonrió acerbadamente, cuando a diez pasos de distancia, en el sendero, apareció el caballo montado por Lyon d'Arcy.

—Temí que os hubierais deshinchado, señor gascón.

—Perdonad mi retraso, señor. Un d'Arcy nunca se vuelve atrás. Vengo a presentaros toda clase de excusas.

—¿Eh? —y lanzó Lucientes, una carcajada—. No os entiendo.

—Humildemente os presento toda clase de excusas.

—Menos entiendo ¿No decís que un d'Arcy nunca se raja? Entonces, ¿por qué a párrafo seguido me obsequiáis con excusas? Esto en terreno de duelo significa no querer desenvainar.

—Ignoraba que torpemente merecí cuanto vos me dijisteis. Esta mañana no sabía nada acerca de Cheij Khan, ni de la zozobra que vuestra hija atraviesa. Demasiado gentil fuisteis vos al soportar pacientemente mis desplazadas galanterías, que pudieron pareceros insolencias y por las cuales os pido todo género de perdones.

—Puesto así, no puedo negarme. Y lo siento, señor d'Arcy, porque estoy de un humor pésimo y sentía verdaderas ansias de desfogarme con alguien.

Si hubiera motivos más fundados, os daría réplica. Pero no me bato cuando no ha habido ofensa, sino mentecatez por mi parte.

Las hábiles palabras del gascón, surtieron efecto. Aunque no le era simpático, Lucientes le sonrió.

—Si admitís que fuisteis un mentecato, nada me resta por decir en lo que a nosotros dos atañe. Pero hablemos un instante de vuestro protegido, el marquesito. Vos vestís sin demasiados rebuscamientos y vuestro rostro está limpio de afeites. ¿Aconsejasteis al… mequetrefe de niño que se acicalara al estilo de los "refinados" jóvenes de la corte?

—Soy el primero en declarar mi repugnancia hacia esos afectamientos reñidos con la virilidad. Pero, comprended, que soy un invitado. No tengo derecho de imponerme. Soy tan sólo un hombre que debe defender al marquesito contra posibles enemigos.

—Si esta noche en la cena a la cual he sido invitado con el señor Martel al castillo de Ferjus, me siento incapaz de contener mis vehementes deseos de lavar el rostro del marquesito, ¿tendremos entonces que pelear?

—Hacedme una señal y sabré desaparecer a tiempo-sonrió el gascón, hábilmente habituado a colocarse en terrenos favorables, adivinando las psicologías de sus interlocutores.

—Sois menos mentecato de lo que esta mañana me figuré, señor d'Arcy. Quizá no reñiremos.

—No lo deseo. Buenas tardes, señor. Próximo está ya el anochecer y debo regresar junto a mi custodiado.

—Buenas tardes.

Dirigióse d'Arcy al castillo donde poco después era llamado por Humberto.

—¿Conocéis por ventura a un insolente llamado Cheij. Khan, señor d'Arcy?

—Le conozco.

—Ha tenido la imprudencia de ofenderme, al yo requerirle para que abandonara mis tierras.

—¡Qué atrevido malandrín! —indignóse, aparentemente, Lyon d'Arcy, con aspavientos.

—Parecen todos temerle. ¿Tendréis la bondad de dirigiros a la autoridad competente para que ponga fin a este abuso? Requiero que sea expulsado do mis bosques el vagabundo Cheij Khan.

—Descuidad. Tomaré ahora una colación y después saldré en busca de Cheij Khan, para invitarle a irse.

—¡No hagáis tal cosa! No quisiera que os expusierais por mí.

—Es mi gusto, señor marqués, el seros útil.

—Prefiero no acudir a las violencias. Odio toda lucha. Id a Angulema, donde los mosqueteros podrán hacer entrar en razón a ese intruso, encerrándole si es preciso.

—Como ordenéis, señor marques.

Media hora después, Lyon d'Arcy penetraba en el bosque obscurecido. Acercóse al lugar donde vacía el destrozado cadáver de Julien Martel.

Como un lobo al acecho, esperó. Calculaba que, alarmados, pronto vendrían en busca del pintor, extrañados por su tardanza, alarmante por la continua amenaza del joven árabe.

Y no pudo impedirse una risita macabra al pensar en Cheij Khan, esperando en Nancon, mientras los rayos lunares plateaban la figura muerta del pintor…

Capítulo VII

Los restantes eslabones…

Diego Lucientes., al llegar, supuso que el pintor estaría conversando con Gabrielle.

Al ver entrar en el salón a Etienne Laurent, el preceptor interrumpió la segunda lectura que estaba haciendo de la carta del Pirata Negro.

Asestó una mirada de extrañeza al anciano.

—Buenas noches, Lucientes-saludó el preceptor, sentándose en un sillón ante él.

—¿Qué diablos hacéis aquí?

—¿Cómo?

—A mí no me servís de rodrigón, Laurent. Quedamos de acuerdo en que vos estaríais presente en todas las entrevistas que en lo sucesivo tuvieran ella y el suicida de su prometido.

—El señor Martel no está con vuestra hija.

—¿No? ¡Repámpanos!… Celebraría que se hubiera ya impuesto el miedo al amor. ¿Dónde, pues, está el pintor?

—Salió con vos, Lucientes.

—A veces sois algo idiota, respetable anciano. Ya lo sé que salió conmigo. Lo que pregunto es dónde está ahora.

—Creí que también regresaría en vuestra compañía.

—¿Eh?

—Todavía no ha vuelto el señor Martel.

—¿Estáis seguro? —dijo Lucientes, poniéndose en pie.

—Segurísimo.

—Llamad a Languedoc y a Crecy.

Instantes, después, entraban los dos espadachines.

—¿Habéis visto al señor Martel?

—Salió después de comer con… —empezó a decir Jean Cracy.

—¡Y dale! Ya lo sé… Lo quo ahora quiero saber es dónde está, mal rayo me parta.

—No le vimos regresar.

—Pero si se separó de mi lado para volver aquí… Buscadlo por los jardines… Esos malditos enamorados están siempre pidiéndole consejo a los pétalos de margarita.

Iban a salir los dos espadachines, cuando les advirtió Lucientes:

—Buscadle, pero sin gritar, No quiere alarmar a Gabrielle. Aquí espero.



Llamó a Robert Charles, el guardabosque...

Quince minutos después, Languedoc y Crecy regresaban afirmando que en ningún lugar del castillo y sus jardines había rastro del pintor,

—Id al bosque... Llevad linternas... Este endemoniado pintor es muy mal jinete y puede haber sufrido un accidente. No tardéis, porque si antes de una hora no estáis aquí, os iré a enseñar cómo se busca a un pintor con el tobillo roto, o las narices sangrantes.

Pero a medida que el tiempo pasaba desde que los dos

espadachines se habían ido, un creciente temor invadía el pensamiento del pelirrojo ex pirata.

¿Habría Cheij Khan averiguado que Julien Martel se consideraba el futuro marido de Gabrielle?

Al transcurrir una hora desde la partida de Languedoc y Crecy, púsose en pie Lucientes,

Llamó a Robert Charles, el guardabosque:

—Voy a salir unos instantes. Vos, Robert, mosquetón en mano, y alerta montad guardia ante la habitación de mi hija y que Laurent, simulando estar deseoso de conversación, haga compañía en el interior a mi hija.

—¿Teméis algún peligro, señor?

—Olfateo a chamusquina. Vigilad con todos los sentidos.

—Tened la seguridad que nadie entrará...

—No basta. Si veis a Cheij Khan subir por donde sea, en dirección a donde mi hija se halla, disparad y después preguntadle que desea. Pero disparad de forma que no pueda moverse el chacal. ¿Queda bien entendido?

—Descuidad, señor. Podéis salir con toda confianza,

—Lo sé. En vos confío. Avisad a Laurent, pero indicándole que no diga nada ni demuestre la menor alarma. ¡Creo que el chacal ha cesado de ser la fiera adormilada!

Y Diego Lucientes, cogiendo de una panoplia un ancho estoque pesado de doble filo, y dos pistolas, salió al jardín, dirigiéndose hacia los bosques circundantes.

* * *

Lyon d’Arcy, agazapado tras un espeso matorral, vio oscilar, desde lejos, los puntos rojizos de las linternas sostenidas por Jean Crecy y Marius Languedoc.

Los reflejos iluminaban las espaldas que en la diestra sostenían los dos maestros de 'armas.

—¡Señor Martel! —llamó la voz gruesa de Crecy.

El silencio se hizo aun más hondo después de la vociferación del que, por dos veces, agitó de arriba abajo la linterna.

—Debe haberse caído del caballo —sugirió. Languedoc—. Separémonos y terminaremos antes, Jean.

—Bueno. Tú hacia el río y yo hacia la colina. El que encuentre primero al otro agitando en cruz repetidamente la linterna.

Separáronse y por un instante tendió Crecy el oído. Le parecía haber oído un leve ruido como de pisadas cautelosas.

Lo achacó a algún animal de la fauna nocturna. Siguió andando y llamando a Julien Martel

De pronto, corrió hacia un cuerpo que había vislumbrado, tendido junto a un árbol.

—¡Por mi capa! —exclamó, horrorizado, inclinándose sobre el cadáver iluminado por su linterna—. ¡Pobre señor Martel…!

Fue la única oración fúnebre Robre el cadáver. Surgiendo de detrás del matorral cercano, Lyon d’Arcy empleó, por segunda vez, la daga con fuerte impulso.

Alcanzado entre los dos omoplatos, en el lugar certero, Jean Crecy desplomóse inerte.

Sufrió la misma suerte que Julien Martel. Sin vida, chocó repetidamente contra el mismo tronco que había magullado el cadáver del pintor.

“Destroza como un huracán… Lanza los hombres contra los arbolen iba recordando Lyon d’Arcy, mientras ejercía su horrorosa labor que quebraba los huesos de Jean Crecy.

Dejó caer el cadáver junto al de Julien Martel.

Cogió la linterna y repetidamente trazó con ella, en el aire de la noche, sendas cruces.

A lo lejos, otra linterna dibujaba en la negrura, la misma señal, que iba agrandándose a medida que Languedoc se acercaba, confiado que Jean Crecy había, por fin, hallado al pintor.

No vio Languedoc el cuerpo de su amigo, porque al pasar junto a un brezo, hundióse entre sus omoplatos el acero asesino.

Arrastrándole por los pies, dejó Lyon d’Arcy el nuevo cadáver junto a los otros dos y se sirvió del mismo árbol…

En su caída, había roto Languedoc, su linterna. Dejó d’Arcy la de Crecy junto a los tres cuerpos y encaramóse en un arbusto próximo al claro donde yacían sus tres víctimas.

Y con fúnebre perversidad, recordó cuando allá en las selvas americanas acechaba a algún enemigo, esperándole en aquella postura.

Pensó también en los nocturnos señuelos con los que junto a un cordero balando colocaban .los indios quechuas una pequeña fogata destinada a orientar al gato montés.

No le era difícil sentirse embargado por el orgullo creador, todo iba resolviéndose tal como meditó.

La tardanza del pintor, hizo que Lucientes enviara en su busca a los dos “prevosts-d’armes”. La impaciencia, empujaría al propio Lucientes a resolver el enigma de aquellas tardanzas...

Se hizo más parecido a un simio malévolo, cuando oyó la voz de Diego Lucientes:

—¿Dónde rondas, chacal?

* * *

Diego Lucientes también recordaba sus días peligrosos cuando seguía por terrenos inhóspitos y preñados de amenaza, la pista de algún enemigo, o huían de un número considerable de perseguidores.

No llevaba luz alguna, porque sabía que con ello señalaría su propia posición.

De vez en cuando efectuaba una llamada, para inmediatamente saltar á un sitio opuesto.

Temía a la fiera desencadenada. Deducía por la demora de los dos espadachines, que algo siniestro sucedía.

Una luz lejana, brotando a ras de suelo, le hizo tenderse en el suelo.

Ni Crecy ni Lenguedoc, habían respondido a sus llamadas. Tampoco Julien Martel...

Aquella luz encubría una trampa... Podía también ser la de algún cazador furtivo.

Avanzando en codos y antebrazos, apoyadas las rodillas en el suelo, llevando en la diestra una pistola, fue reptando hacia la luz.

Distinguía ya tres cuerpos...

Lanzó una sorda maldición al reconocer los cadáveres sangrientos y destrozados de Languedoc, Crecy y Martel... por sus ropas. La rojiza luz de la linterna desparramaba una lúgubre pátina estremecedora sobre la» víctimas.

—¡Chacal inmundo! —gritó Lucientes, mientras, arrodillado, cambiaba incesantemente de sitio—. ¿Dónde te ocultas?

Lyon d’Arcy no tenía solamente el aspecto de un orangután. Tenía también de este simio la ligereza y la fuerza.

Aguardó serenamente la propicia ocasión. Dejóse caer, presentando primero el brazo diestro, armado de pistola que

empuñaba por el cañón.

La chocó reciamente contra el cuello del arrodillado Lucientes. Repitió el golpe, al caer con todo su peso encima del madrileño.

Y se levantó al quedar Lucientes boca abajo, sangrando por la nuca y sin movimiento.

Hizo tras del jubón de cuero quo ceñía el torso del madrileño, y con ellas maniató pies y manos del malherido.

Si por el camino se desangraba, empaparía la capa que le envolvía. Atravesó el cuerpo del pelirrojo en la silla de su caballo.

Montó y, tomando el camino de Nancon, no siguió 1a ruta ordinaria, sino los vericuetos del campo.

Era el último eslabón sangriento. Los demás serían de otro orden, en el que entraría por medidas iguales su inteligencia y su facilidad en fingir.

Ahora necesitaba depositar en cualquier descampado cercano al pueblo de Nancon el cuerpo que, a no tardar convertiríase en cadáver, porque los dos culatazos habían sido expertos,

Media hora después, sin amenguar el trote de su caballo, lanzaba Lyon d’Arcy el cuerpo de Diego Lucientes entre los altos tallos de un campo de trigo.

Quedaba ya sólidamente cerrado el círculo de eslabones que había planeado como cadena mortal contra Cheij Khan, porque en la tela que como araña venenosa había tejido era preciso emponzoñar para siempre la imagen del árabe en la mente de la rica castellana de Civry.

Y presentarse él como paladín. Sonreía dichoso al emprender a galope tendido el camino hacia el castillo de Civry.

Lo que quedaba por hacer era lo más fácil. Sabría medir con precisión sus frases…

Capítulo VIII

La fuerza de las apariencias

Robert Charles, el guardabosque, calificó mentalmente de apocado y poco disimulador a Etienne Laurent, cuando abrióse la puerta de la alcoba y apareció demudada Gabrielle Lucientes.

—¿Qué hacéis vos aquí, Charles?

—Salió el señor a visitar a un amigo, y me recomendó que, en su ausencia, vigilara.

—¿Por qué?

—Es lo natural, señorita. El señor salió con los maestros Languedoc y Crevy, y donde… está una señorita a solas, debe haber un hombre vigilando.

Tranquilizada, sonrió Gabrielle.

—No veo por qué, Charles. En fin; ya que fue orden de mi padre, cumplámosla todos juntos. Venid conmigo al salón, a esperar a mi padre. Ha pasado ya la hora de la cena, y mi preceptor no sabía más que darme vagas razones para justificar esa tardanza.

En el salón, sonrió de nuevo, pero con cierta tristeza, al ver como Etienne Laurent cerraba herméticamente las ventanas y Robert Charles se colocaba junto al umbral, mirando el vestíbulo.

—¿Estamos en ciudadela sitiada?

—Perdonad, señorita, que os vuelva la espalda. Pero debo cumplir la orden recibida.

—¿Dónde fueron mi padre, Crecy y Languedoc?

—Lo cierto es que, debido a que el señor Martel no ha regresado aún, supuso el señor que un accidente de caballo pueda haberle ocurrido al señor Martel.. No es calumniarlo si repito lo que él mismo reconoce: es un mal jinete.

—Eso es. Un mal jinete-dijo nerviosamente Laurent —, ¿Por qué

no tocas un poco el clavicordio, Gaby, para entretener la espera? Anda, compláceme.

—¡Vosotros me ocultáis algo! —exclamó la amazona, poniéndose en pie y acercándose al guardabosque.

—Nada, señorita-dijo Charles.

—¿Por qué encañonas la puerta del vestíbulo? ¿Por qué no andan era sus quehaceres habituales los lacayos?

—Yo retransmití órdenes del señor. Para evitar confusiones, es preferible que nadie circule por el castillo hasta el regreso del señor.

En el vestíbulo iluminado hizo Gabrielle ademán de dirigirse hacia el rellano de la terraza.

—No me obliguéis a que os recuerde que, en representación del señor, me veré impelido a ordenaros que no salgáis del salón. Haced mi misión menos ingrata, señorita. Sed buena… y regresad al salón, junto a vuestro preceptor.

—¡Esto ha de acabar! ¡No soporto un instante más esos misterios! ¿No comprendéis, Charles, que si lo que deseáis es protegerme, me estáis atormentando, haciéndome creer lo peor? ¿Qué ha sucedido? ¡Hablad!

—Lo haré si volvéis al salón.

Entró ella, y, desde el umbral, preguntó al que le volvía la espalda, vigilando el vestíbulo:

—¿El señor Martel… ha sido herido por… alguien?

—Eso teme vuestro padre. No hay pruebas aun de que haya sucedido algo irreparable, pero… ¡Retroceded!

En el patio acababan de resonar los cascos de un caballo lanzado al galope.

Robert Charles se parapetó tras una armadura, conteniendo con su brazo izquierdo a Gabrielle.

Enmarcóse en el vestíbulo la figura achaparrada de largos brazos de Lyon d’Arcy.

El gascón avanzó presuroso hacia el salón, imprimiendo a sus rasgos móviles una expresión de alarma.

—¡Un lacayo! ¡Pronto! ¿Está la señorita a salvo?

Gabrielle Lucientes salió corriendo.

—¡Por fin! —exclamó Lyon d’Arcy, como si la aparición de la hija de Lucientes hiciera cesar su zozobra—. Temía… Perdonad, señorita. Quizá he sido imprudente. ¿Está vuestro padre?

—No. Pero hablad… Estoy viviendo unos instantes horrorosos, sin saber ya a qué atenerme.

Miró d'Arcy significativamente a Robert Charles.

—Tengo que deciros algo muy confidencial, y suplico tengáis paciencia para escucharme privadamente.

—Entrad, señor d'Arcy. Vos, Charles, permaneced en el umbral, ya que así os lo ordenaron, aunque ahora estoy con un caballero armado cuya presencia os tranquiliza a vos, mi buen Laurent. Hacedme el favor de dejarme a solas con el señor d'Arcy.

Lyon d'Arcy dirigióse hacia una de las cerradas ventanas, alejándose de la posible escucha de los dos hombres que, en el umbral, obedecieron a Gabrielle.

—Decidme, primero, señorita. ¿Sabéis lo sucedido al señor Julien Martel?

—¡No! Temo lo peor… ¿Vos sabéis algo?

—Sentaos, os lo ruego —dijo paternalmente d'Arcy—. Tened valor. El trance es doloroso.

—¡Por favor! Abreviad mi inquietud.

—Anochecía, cuando dirigiéndome al castillo de Ferjus, vi desde lejos a este individuo vagabundo que monta en potro blanco y cuyo nombre ignoro,,.

—¡Cheij Khan! —Exclamó ella, impaciente.

—Estaba impidiendo el paso al señor Martel. Les vi descender a ambos del caballo, y el vagabundo árabe la emprendió con su espada contra el señor Martel. En asuntos de caballeros, no es lícito intervenir. Aunque no hubiera testigos, estimo que en determinadas ocasiones…

—¡Proseguid, os lo suplico!

—Me alejé al ver caer atravesado por pérfida estocada mortal al señor pintor. Había perdido el equilibrio, y, ladeado el cuerpo, recibió la estocada en la espalda. Un duelo más…

—¿Por qué no vinisteis a advertir a mi padre? —inquirió ella, consternada, sintiendo un agudo dolor no sólo por la muerte del bondadoso Julien Martel, sino por sus consecuencias, sabiendo que el pintor gozaba del afecto de Diego Lucientes.

—No me incumbía-replicó dignamente el gascón —. Además, había sido llamado por el marqués de Ferjus, el cual deseaba que con toda urgencia acudiera a Angulema a pedir ayuda a los

mosqueteros, contra la insolente actitud del vagabundo árabe.

—Excusad mi impaciencia, señor d'Arcy.

—Muy justificada, señorita. Desgraciadamente, mi relación ha de ser medida y ajustada a los hechos porque todos tienen su importancia, para que comprendáis que yo soy el casual testigo que debe apresar al criminal y mandarlo al patíbulo.

—¿De quién habláis?

—De Cheij Khan, al que acusaré de los más horrendos crímenes, cometidos con la pavorosa maldad de una fiera inhumana... Serenaos, señorita... Escuchadme... ¿Deseáis que llame a vuestra doncella?

—No... Seguid... Tendré valor... porque tiempo ha que esperaba este momento fatal en que la tragedia ensombreciera mis días,

—Actitud valerosa, señorita. Como os decía, teniendo que ir a Angulema, cené primero. Era ya anochecido cuando abandoné el castillo de Ferjus. Oí un grito extraño, como de una fiera contenta, triunfante. Os confieso que me impresionó, por lo tanto, con toda cautela me aproximé a un lugar donde brillaban luces de linterna. Era, aproximadamente el mismo en que había caído Martel. Había dos cadáveres más. Dos desconocidos. Uno alto y flaco y el otro, rechoncho..., pero destrozados como si un huracán los hubiera aplastado contra el cercano árbol sangriento.

Cerró los ojos Gabrielle, próxima al desmayo, recordando la primera vez que vio a Cheij Khan luchar contra tres hombres en el Pré de Saint-Germain parisino.

Veía como si lo presenciara el gesto con el que Cheij Khan volteaba a sus enemigos, arrojándolos certeramente contra los árboles, convirtiéndolos en proyectiles humanos, que luego... quedaban desmadejados y rotos...

—¿Llamo a vuestra doncella?

—No seguid... ¿Mi padre...?

—Cando vi los cadáveres, quedé horrorizado, porque, junto a ellos, el vagabundo árabe lanzaba el pavoroso grito que yo había oído. Reía, como una fiera sedienta y gozosa...

—¿Mi padre...? —repitió ella, monótonamente.

—Fui retrocediendo cautelosamente. Más que nunca me convenía llegar a Angulema a requerir el servicio de los mosqueteros. Pero el árabe parecía darse cuenta de mi presencia.

Olfateaba y sus ojos brillaban como carbunclos… Tuve que esconderme, esperando quo Cheij Khan abandonara el lugar, para poder moverme. No podía disparar contra él porque soy mal tirador. Acercarme espada en mano era sucumbir, y dejar sin venganza el horrendo crimen… Tened valor, señorita. Vuestro padre se presentó, y, antes de que pudiera defenderse, Cheij Khan, saltando desde un árbol, cayó encima de él, abatiendo contra su cráneo la culata de una pistola.

Gabrielle Lucientes levantóse rígida. Encaminóse hacia una panoplia, de la que recogió una pistola.

—¿Qué más, señor d'Arcy?

—Al caer el señor Lucientes, Cheij Khan le propinó un nuevo golpe. Lo atravesó en la silla de su caballo y emprendió veloz carrera, huyendo.

Estatuaria, Gabrielle Lucientes, secos los ojos, convertida en símbolo de venganza, preguntó:

—¿Por qué no seguisteis a Cheij Khan, abatiéndolo como a un perro rabioso?

—Lo hice, señorita, arriesgando continuamente mi vida. Yo sé dónde se oculta Cheij Khan.

—Pedid lo que queréis, pero conducidme a donde yo misma pueda dar muerte a Cheij Khan.

—Mi fortuna es nula, señorita. Yo… he tenido siempre la ambición de restaurar mis castillos y realizar el sueño de mis viejos padres, volviendo al hogar casado con dama de mi alcurnia…

—¿Cuánto queréis por vuestro testimonio y ayuda?

Lyon d'Arcy había meditado dos soluciones: optó por la más rápida y asequible.

—Vos misma, señorita, concededle la recompensa.

—¡Odio mi riqueza! ¿De qué me sirve ahora que sola estoy?… Pedid sin temor, señor d'Arcy. Partamos hacia donde se oculta el asesino, y yo misma le ajusticiaré.

—En vuestra generosidad confío, señorita.

—Dadme la ocasión de matar a Cheij Khan, y os juro que poseeréis la mitad de mis bienes.

—Vuestro humilde servidor… —dijo rendidamente Lyon d'Arcy —. Tengo vuestro juramento, y me basta. Ahora se impone la venganza. Yo os conduciré al escondrijo de Cheij Khan. Está

cercano al pueblo de Nancon.

—Voy también yo… —dijo Robert Charles, hoscamente.

—Sugiero, señorita, que os ocultéis en una carroza, que puede conducir este guardabosque. Estaréis más segura.

—¡Sí!… —exclamó Laurent—. Y yo mismo os acompañaré, señor d’Arcy. Ha sido tan horrible lo que os he oído relatar, que sugiero que debiéramos pedir ayuda de loa mosqueteros de Angulema. No debemos correr el riesgo de que quede impune…

Como una muñeca movida por hilos invisibles, Gabrielle Lucientes apoyó su mano izquierda en el antebrazo que le tendía Lyon d’Arcy.

—Acompañadme a la carroza, señor d’Arcy. Vos, Charles, subid al pescante. Vos, mi buen Laurent, id n avisar a los mosqueteros de Angulema. Relatadles lo sucedido… y que rodeen Nancon… por si sucediera lo que no ocurrirá… ¡porque mi pulso no temblará!

Instantes después, fustigados los dos briosos caballos con vigor por el látigo de Robert Charles, partía la carroza, conduciendo en su interior n Gabrielle Lucientes y Lyon d’Arcy.